

**IMAGINARIOS SIMBÓLICOS EN EL ESPACIO PÚBLICO DE UNA CUADRA DEL
COMERCIO CALLEJERO EN EL BARRIO LA ESMERALDA DE POPAYÁN**

DIANA MARCELA PAJAJÓY MENESES



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

DICIEMBRE DE 2023

**IMAGINARIOS SIMBÓLICOS EN EL ESPACIO PÚBLICO DE UNA CUADRA DEL
COMERCIO CALLEJERO EN EL BARRIO LA ESMERALDA DE POPAYÁN**



Diana Marcela Pajajoy Meneses

Director: Óscar Hernán Saavedra

Tesis de pregrado

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Universidad del Cauca

Diciembre de 2023

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi familia, especialmente a mi mamá, a mi tutor de tesis y a todos los que me permitieron acceder a responder mis preguntas y a adentrarme en sus historias de vida en la cuadra del barrio La Esmeralda de Popayán.

Tabla de Contenido

Introducción	5
Capítulo 1	7
Recorrido Teórico: Una Cultura Que Nos Constituye	7
Problemática	8
Enfoque epistémico: Discusión teórica a partir de la cultura	11
Discusión sobre la investigación-creación literaria	16
Metodología y Técnicas de Investigación	18
Capítulo 2	21
Travesía: Caminando Por Los Imaginarios Del Comercio Callejero De La Cuadra	21
Variedades Liz	26
Una Historia Ancha Como El Mar	29
La señora del Maquillaje: Todo el mundo tiene derecho a trabajar, pero hay que respetar	33
Yo estoy enamorado de mi trabajo	36
Capítulo 3	41
Creación Literaria: Cinco Cuentos Callejeros	41
Uno vive del Diario Vivir	41
¿Así Nos Queremos Ahora?	45
El Veredicto De Las Estrellas	49
El Viaje Al Sur	54
Tralalá Tralalá	59
Referencias	65

Introducción

Popayán es una ciudad que contiene en sí misma una infinita diversidad de representaciones sociales que se configuran desde multitud de ojos, cuerpos, sentires y acciones que la miran, que la caminan, que la recorren y la crean, en el doble sentido que se establece en una relación activa, de ida y vuelta, de toma y dame. De este modo, en el barrio La Esmeralda, y más específicamente, en la cuadra del comercio callejero elegida para la presente investigación, confluyen multiplicidad de visiones de calle, de formas inéditas de construir los espacios desde lo material y lo simbólico, de moverse en ese complejo universo atravesado por poderes nacionales, regionales y locales que rigen sus dinámicas económicas, sociales y de políticas para el uso del espacio público, pero que se reconfiguran, se recrean y se inventan cada día desde múltiples adaptaciones y creaciones de sentido a partir de las narrativas de personajes que hacen parte esencial del escenario del sector.

En esta investigación me he preguntado por esos sentidos que se dan a los espacios de la cuadra elegida desde la visión siempre fluente de sus agentes cotidianos. La pregunta-problema de mi investigación surge de mi inquietud personal por adentrarme más en el mundo del comercio callejero, puesto que vengo de una familia de vendedores ambulantes y comerciantes. Así es como llego a preguntarme por *¿Qué tipo de imaginarios simbólicos se constituyen sobre el espacio público en una cuadra del Barrio La Esmeralda de Popayán que logren ser expresados literariamente mediante cuentos?*

Para abordar la pregunta en cuestión, elegí la metodología de la investigación-creación literaria que me permitió acercarme de una manera más fluida a este delicado y colorido universo, para así poder conocer algunas de sus narrativas a través de entrevistas no dirigidas y de observación participante, que me dieron una visión más apropiada de sus dinámicas y sus complejos tejidos espaciales y sociales, haciendo cultura, escribiendo historias que retomé desde mi propia voz a través de una creación literaria cristalizada en cinco cuentos escritos que reflejan y resignifican, desde la ficción narrativa, mi experiencia como investigadora creadora.

Este proyecto está dividido en tres capítulos en los que busqué ordenar el material vivenciado. En el primer capítulo realizo un desarrollo teórico de la cuestión desde las perspectivas de diversos autores, una definición de los conceptos esenciales que entran en

diálogo en la reflexión, como el término de *cuadra* y de *comercio callejero*, al igual que justifico epistémicamente el método investigación creación literaria, desde las narrativas de los agentes sociales del espacio simbólico de la cuadra y como técnicas metodológicas para abordar la pregunta problema, a partir de un primer acercamiento al espacio y a los sujetos de estas dinámicas sociales y laborales, realicé la observación participante y entrevistas no dirigidas de carácter presencial; todo lo anterior enmarcado desde un enfoque epistémico cultural desarrollado por autores como Ernst Cassirer, Ludmila Brandao, Jerome Bruner, Gutiérrez y Rodríguez, y Edmond Cross, entre otros.

En el segundo capítulo me acerco al intenso abordaje que realicé como investigadora en la cuadra del barrio La Esmeralda donde se desarrolla gran parte del comercio callejero. Describo y reflexiono en lo que significó todo el proceso de inmersión en estos espacios aplicando las técnicas metodológicas de la observación participante y las entrevistas no dirigidas, así como los retos, las dificultades, las satisfacciones y, en definitiva, la compleja trama de significaciones que pude apreciar en la intensa travesía. Algunos apartes del capítulo reflejan la textualidad de los entrevistados, su oralidad recopilada en el terreno, mientras ejercían sus labores comerciales, y en otros introduje mis reflexiones desde mi percepción personal, teniendo en cuenta el espacio simbólico creado por los vendedores que a través de la investigación realizada con la ayuda de talleres de escritura literaria, de los cuales surgieron cinco cuentos que recrean las narrativas de los agentes sociales de la cuadra y de mi propia voz atravesando toda la experiencia. Escribir estos cuentos me dio la oportunidad de acceder al acto creador desde mi propia vivencia del espacio en constante e inquebrantable retroalimentación con los sujetos investigados, que me ha permitido recopilar el material hecho en la vida para el mundo investigado en el nivel más satisfactorio. Crear estos cinco cuentos a partir de unas vivencias muy complejas en el ámbito de la cuadra del barrio La Esmeralda, me ha hecho acercarme a estas realidades desde otra perspectiva que completa y profundiza mi propia experiencia familiar anterior como vendedora. Del mismo modo, la investigación creadora me ha permitido configurar un universo narrativo que se funde con los escenarios simbólicos creados así mismo por los vendedores ambulantes en su cotidiano quehacer.

Capítulo 1

Recorrido Teórico: Una Cultura Que Nos Constituye

El objetivo de este primer capítulo es abordar la discusión teórica y del planteamiento problema desde el enfoque epistémico, para avalar el método de investigación-creación literaria como forma de generar conocimiento, así como también para avalar las técnicas etnográficas elegidas para realizar el trabajo de campo que como ya dijimos esta investigación requiere. Esto nos va a permitir la comprensión del comercio callejero como un escenario de creación simbólica desde donde partimos para expresar la investigación de manera literaria.

Entendido desde el territorio de lo simbólico, tendremos en cuenta un lugar específico llamado *cuadra*, que estaría definido como el espacio de un lado de un cuadrado entre la intersección de una calle dentro de un pueblo o ciudad, es decir, entre dos esquinas de una “manzana” -entendida como un conjunto de edificaciones aglomeradas en un espacio cuadrado, principalmente-, como una isla rodeada de un mar de asfalto y que, unidas y separadas por calles adyacentes, configurarían una zona, barrio o comuna. Esto, además de arquitectónicamente, surge como espacio simbólico donde se representan de formas dinámicas, creativas y siempre fluctuantes, las realidades culturales de, en nuestro caso, las personas que laboran ahí, más específicamente, en el barrio La Esmeralda de la ciudad de Popayán.

El *comercio callejero* visto como fenómeno social representa un sector informal de la economía que vende al menudeo artículos previamente comprados al por mayor, sin un local o almacén permanente sino movilizándose en calles y otras instalaciones públicas dentro de sectores de poblaciones que han sido tomadas y readecuadas por los mismos trabajadores informales para tal fin, o en espacios previamente existentes, pero a los que se anexan. Son transitorios, desarmables y móviles, ya que se organizan temporalmente entre la montada del espacio, del “puesto”, hasta su desmonte diario o, en ocasiones, varias veces al día.

Para enmarcar la presente investigación desde el enfoque epistémico cultural, trabajaremos a Ernst Cassirer mediante dos textos fundamentales: *Las Ciencias de la Cultura* (2005) y *Antropología Filosófica* (1967), con el fin de dar forma y sustento desde

la teoría a los espacios simbólicos que se crean entre los trabajadores del lugar que he elegido. Es a partir del enfoque epistemológico que este autor plantea, al abordar las construcciones individuales y culturales como parte de la estructuración de los espacios simbólicos humanos, que doy vida y organizo narrativamente desde la investigación creación literaria, es decir, desde la producción de una obra ficcional surgida del enlazamiento, tanto de la construcción de la teoría, como a partir de los hallazgos arrojados mediante las técnicas etnográficas y las manifestaciones que encontré entre estos actores sociales y sus tejidos simbólicos en la cuadra.

En términos de Cassirer, nada puede dar cuenta del ser humano y de su centro, de su núcleo esencial “[...] más que señalándolo en sus fenómenos o manifestaciones. Sólo pueden llegar a conocer la ‘esencia’ del hombre contemplando a éste en la cultura y en el espejo de su cultura, pero sin poder dar la vuelta a este espejo, para ver lo que hay detrás” (Cassirer, 2005, p. 100).

Problemática

El comercio en vía pública es una actividad que tiene la capacidad de generar vida, intercambio colectivo, historias individuales o colectivas y, simultáneamente, formas de identidad cultural, social y simbólica que fomentan la relación, identificación y expresión comunitaria que refleja la historia y el acontecer diario de sus trabajadores, quienes buscan materializar sus ideales mediante la puesta en marcha de actividades, ideas, nociones y sentimientos que generan conceptos como el sentido de pertenencia y de lugar (Ortiz, 2004). Estos espacios ambulantes obedecen, sin embargo, a ciertas lógicas estéticas y crean narrativas que llegan a adentrarse en lo poético en sus particulares maneras de desplegarse en las calles, de exponer sus productos, de relacionarse con los clientes y de, en última instancia, proponer la modernización como eje normatizador y ordenador de las lógicas territoriales de las urbes, un diálogo creador de nuevas posibilidades de apropiación de los espacios desde lo simbólico. Así lo leemos en un artículo de Ludmila Brandão y su profundo análisis de los “bolichos” -tiendas de comercio antiguas pero sobrevivientes actualmente- y lo barroco en una ciudad secundaria de ~~B~~Brasil objetos, mucho más que “mercancías”, explotan en sus formas y volúmenes desde adentro hacia afuera. Rompen con los límites preestablecidos del espacio comercial, avanzan sobre la vereda y la calle, construyen un espacio de

familiaridad e intimidad sobre la vereda [...] La ruptura de fronteras operada por el bolicho que avanza sobre la acera cuestiona las oposiciones entre interior y exterior, entre abierto y cerrado, pero también entre público y privado, entre personal y colectivo. (Brandão, 2015)

Recorriendo la ciudad de Popayán y sus múltiples zonas comerciales pueden leerse, como en toda América Latina, diversas propuestas de economía tanto formalizada como informal. Los contrastes entre un local en un centro comercial -en lo que tiene que ver con su forma de apropiación del espacio y su propuesta estética, además de las relaciones que se entretienen con el resto de las personas que se acercan a estos sitios, pasando por el orden de las mercancías, las formas de pago, el saludo, la atención, los niveles de familiaridad, etc.- y un puesto de comercio callejero, vivenciados también estos aspectos, marcan distancias y confluencias que nos ayudan a enmarcar el fenómeno social de las ventas ambulantes como espacios inéditos de creación de narrativas urbanas, y de los vendedores ambulantes en particular, como seres valiosos dentro de este entramado social, por ser creadores de nuevos sentidos de territorio de ciudad.

Dentro de las cosas curiosas y experiencias que suceden en el acontecer de la vida, es una realidad que cada persona la vive de una manera diferente. Desde mi experiencia, haciendo memoria de tiempos atrás, provengo de una familia payanesa de personas que viven su día a día desde el trabajo independiente, en la búsqueda de mejoramiento de su calidad de vida. Mi madre es la representación misma de una mujer trabajadora que con su máquina de coser confeccionaba prendas de vestir como sudaderas, camisetas, conjuntos, entre otros; ella, y toda la familia, hacemos parte de ese universo simbólico que busca construir significados de libertad, independencia y autonomía en la forma de trabajar para conseguir lo necesario para vivir.

Recuerdo que un día antes, cuando mi mamá se iba a vender sus prendas de vestir, le ayudaba a organizar toda su mercancía en bolsas, costales o cajas. Ya a las cuatro de la mañana nos íbamos en taxi hacia la terminal de transportes para viajar a Balboa, Cauca. En el recorrido desde casa ya las calles de Popayán se veían llenas de gente vendiendo sus productos, y las carpas donde ofrecían café, o las personas que llevaban sus carretillas con frutas, vegetales, entre otras cosas.

Entonces, en el planteamiento mismo de la problemática y como su eje central se encuentra mi vivencia personal y familiar como parte de este grupo de trabajadores informales que se organizan para resolver sus asuntos económicos vendiendo artículos, productos y servicios en las calles. Mi experiencia es el inicio y el centro, mis recuerdos y sentimientos incluidos, mi inquietud por saber más acerca de la experiencia de las personas que laboran en esta cuadra: pienso en ellos desde la emoción y el recuerdo vinculado por haber hecho parte, como miembro de mi familia, de estas actividades de ventas ambulantes en el municipio de Balboa.

De esta manera, para poder reconocer estos lugares como parte importante de la vida cotidiana, volví a adentrarme en ellos, comenzando por observar una cuadra donde existe comercio callejero en el barrio la Esmeralda de la ciudad de Popayán.

Así, busco responder a indagaciones personales que se traslucen en las experiencias de los otros trabajadores informales que laboran en esta calle de La Esmeralda en Popayán, en la manera como se reconocen y se organizan, como se arma su espacio simbólico desde sus prácticas económicas que pasan a ser mucho más que eso; entonces intento reconstruir desde el lugar mismo en el que ocurren, esas experiencias, ese “algo que no estamos viendo” a través de un ojo normalizado que sólo observa personas vendiendo, y dirigiéndolo desde la investigación hacia la reflexión creadora de sus realidades. En este sentido, en la presente investigación se intenta una reflexión comprensiva y creativa del espacio simbólico de la cuadra a investigar, siendo desde la búsqueda de sentido y desde la creación en el lenguaje que abordaremos este sistema de comercio mercantil y cultural para luego expresarlo literariamente.

La pregunta problema que guía esta investigación es *¿Qué tipo de imaginarios simbólicos se constituyen sobre el espacio público en una cuadra del Barrio La Esmeralda de Popayán que logren ser expresados literariamente mediante cuentos?*

Dentro de los objetivos que me propuse en esta investigación eran identificar e interpretar a la luz de lo recopilado, de lo leído y de lo experimentado, las formas cotidianas de comercio callejero de las personas que laboran en una cuadra, así como aquellos imaginarios que crean en ese lugar y cómo se interrelacionan con su trabajo diario, con el espacio público y simbólico que configuran estas personas en el barrio La Esmeralda en la ciudad de Popayán.

Finalmente, nos proponemos crear cuentos sobre estos imaginarios desde la comprensión narrativa del ordenamiento simbólico de la experiencia vivida.

Enfoque epistémico: Discusión teórica a partir de la cultura

Bajo la anterior consideración, busco indagar si en espacios específicos del Barrio La Esmeralda de Popayán, el comercio callejero alberga y congrega en sus formas simbólicas identidades y memorias, si se devela como un lugar simbólico, lleno de sentidos, de relaciones, de interconexiones, de encuentros, de desencuentros, de poder. De la misma manera, se hace necesario preguntarse si el comercio callejero, con las condiciones materiales de su existencia, sus modalidades mercantiles, y su rol en cada momento histórico, también puede llegar a entenderse como una investigación cultural que gira en torno a la posibilidad de configurar desde adentro -a partir de ciertas prácticas, usos del lenguaje y formas de apropiación de los espacios- y, desde abajo -desde una informalidad que puede llegar a leerse como “precaria” o “improvisada”-, una trama social con nuevos modos de vivir, de pensar, de sentir, de hacer economía, cultura y de crear significados nuevos, renovados por la actualización constante de la realidad y su creación simbólica.

En este sentido, estas formas especiales y complejas en que las narraciones de la memoria pasada y actual, se tejen y se destejen y se “retejen” a través de la narración creadora, corresponden no a un ejercicio unidireccional de regreso mecánico al pasado para extraer información y “traerla aquí”, en el ahora, como un objeto idéntico a sí mismo, sino que hacen parte de un quehacer que, desde el arte inscrito en todas las narrativas, juega constantemente con múltiples asociaciones, emociones, intencionalidades y otros estados del ser que le dan sustento.

Así mismo, para fortalecer esta tesis del carácter epistemológico y su papel en la creación de espacios simbólicos, el *símbolo*, desde la perspectiva de Cassirer, es la parte donde converge la impresión y la expresión que da lugar, subsiguientemente, al universo cultural en el que ser humano se desenvuelve. Luego, su lenguaje verbal, las relaciones sociales, sus costumbres, la cultura en general no son más que formas simbólicas en las que este ser humano estructura su experiencia y le da sentido desde imaginarios inéditos (2005, p. 75,76).

Enfocados en el discurso científico tradicional se puede creer que la impresión y la expresión suponen naturalezas objetivas para abordar a los “otros” en el ejercicio de investigación. Sin embargo, tanto la *impresión* como la *expresión* están atravesadas por lo simbólico y por todo un universo anímico, sensorial y constructor de sentidos que los hace intangibles y resistentes a la fijación y a la permanencia.

Es así como, en esta búsqueda de direcciones y de ordenamiento desde los significados, el objeto, los sujetos y sus complejas relaciones, lo “otro”, los “otros”, no se *imprimen* en el yo de forma pasiva y unilateral, sino que se destruyen y se reconstruyen, se tejen y se deshacen dinámicamente para volver a rearmarse en la *expresión* de modos no siempre armónicos, no siempre definitivos: “Un sujeto no se hace cognoscible o comprensible para el otro porque pasa a éste, sino porque establece con él una relación activa” (Cassirer, 2005, p. 107). Convicción de que una mirada cultural al fenómeno del comercio callejero puede ayudar a responder cuestiones como la relación entre la cultura con el lugar de trabajo, la economía, el lenguaje, la relación con sus semejantes y la construcción de identidad entre este combinado de trabajadores y, al mismo tiempo, ciudadanos creando nichos culturales inéditos dentro de la ciudad, atravesados por una necesidad económica de base, pero que se enlaza con sentires, elaboraciones de discurso y de sentidos de pertenencia o identidad a distintos niveles de creación simbólica.

De esta manera, busco poder expresar ese quehacer que ha sido recopilado en el trabajo de campo, y que es parte de la cotidianidad de las personas, para convertirlo en una “creación literaria” (Gutiérrez y Rodríguez, 2019) desde la posibilidad de investigar, indagar y descubrir la manera en que se hace literatura desde el lenguaje, y se desnuda lo imaginario y lo simbólico en el fondo, otra cosa que un hecho humano condensado, cristalizado como ser, pero que tampoco en esta cristalización reniega de su origen. La voluntad creadora y la fuerza creadora de que emanó perviven y perduran en ella, inspirando nuevas y nuevas creaciones. (Cassirer, 2005, p. 125)

Sobre esta renovación permanente de los actores sociales que llega a convertirse en formas activas del arte, Cassirer (2005) hace referencia a las obras literarias, las cuales dejan la impresión de que se está ante algo realmente “nuevo, nunca antes conocido... nunca un mero relato de cosas pasadas”, es decir, “una visión del mundo que viene a derramar una nueva luz

sobre la totalidad de los acaecimientos relatados y sobre el universo humano en su conjunto” (p. 34).

Esta creación simbólica puede adquirir también la forma de narrativas de la realidad. Con Cassirer vimos que no somos seres aislados respondiendo con reacciones únicamente instintivas, o meras impresiones y expresiones aisladas y pasivas, sino que estamos constituidos por todo espacio cultural en continua renovación y creación, lleno de símbolos que nos configuran a su vez como sujetos culturales. Entonces, desde autores como Jerome Bruner y Edmond Cros veremos cómo estas subjetividades pueden ser expresadas narrativamente. Tenemos entonces un sujeto cultural que está habilitado también para ser un sujeto investigador que observa, que lee realidades, pero que también crea narrativas sobre ello.

La narrativa posibilita una variedad de interpretaciones y posibles versiones de la realidad que, puestas en diálogo, producen significados en común sobre el mundo donde se mueve cada individuo, es decir, crea espacios simbólicos compartidos, como nos lo hace ver la epistemología cassireriana. Así como lo afirma Jerome Bruner en su libro *La Fábrica de Historias. Derecho, Literatura, Vida* (2003), “Los significados se consiguen compartiendo cogniciones humanas” (p. 128). Es decir que, es “en” y “por” el lenguaje a través del entramado discursivo que se configura el conocimiento de la realidad; por ende, no hay sujeto que construya su entorno sin partir de la realidad construida socialmente, lo que le permite afirmar a este autor que los sujetos construimos nuestra realidad *narrativamente*.

En este sentido, Bruner enfatiza en la modalidad narrativa, la cual es un lugar de construcción de conocimiento que permite organizar y expresar la experiencia vital, posibilitando manifestar múltiples perspectivas que contribuyen a la comprensión de la misma, al dar paso a las muchas interpretaciones y posibles realidades que permiten comprender los sentidos de las actuaciones humanas desde sus propios términos.

Para Bruner entonces, el pensamiento de la cotidianidad tiene su expresión simbólica directa en la modalidad narrativa de organización de la experiencia. Los relatos o narraciones tratan de sucesos, estados mentales o acontecimientos en los que los seres humanos participan como personajes de una trama que sigue una secuencia temporal claramente identificable. Puesto que mediante la narración se cuentan sucesos de una historia, así mismo acontece con nuestra experiencia diaria, pues siempre estamos relatando o escribiendo mediante narrativas. Por eso,

Bruner sostiene que la narración es el instrumento cultural que con mayor fuerza y eficacia construye mundos posibles (Bruner, 2003, p. 125-131).

De la misma manera, el uso de expresiones literarias nutre significativamente la narración, pues sus múltiples significados polisémicos aportan diversas perspectivas de lo que se quiere decir, embelleciendo y dotando de expresividad la creación, pero también confrontando al lector, en la medida que los textos portan gran cantidad de posibilidades de lectura.

Es así como resulta que los significados son construidos por las diferentes interacciones humanas que pasan por un proceso de negociación, en donde cada realidad se reconstruye y se transforma al igual que el mismo sujeto cognoscente; de esta manera, el lenguaje, como forma simbólica, moldea el conocimiento y crea la realidad, las diversas formas de conocer y comportarse en el mundo, de poner una intención en los actos, éstos sólo son comprensibles cuando se las enmarca en un sistema cultural determinado.

En consecuencia, según Cassirer (2005) creamos el mundo al mismo tiempo que habitamos en él, creamos símbolos y construimos significados dotados de sentido, cuyo valor y existencia sólo es factible en el sistema de significación en el que se inscriben y no aisladamente. En este orden de ideas, podemos darnos cuenta de que existen otras formas de conocer. De manera que, entre las manifestaciones artísticas que permiten expresar nuestra experiencia literariamente se encuentra la *narrativa* elaborada mediante relatos, novelas, y otras formas que desarrollé en los talleres de escritura que se realizaron para la investigación, con el fin de lograr expresar de manera literaria el proceso investigativo. Para esta investigación elegí la creación de *cuentos* como formas narrativas idóneas de expresión y manifestación de mi propósito central.

Es por eso que esta investigación parte del sujeto: cuando éste desnaturaliza hechos, actos o situaciones, emerge en ese mismo instante el sujeto investigador, razón por la cual se reconoce como *sujeto cultural*, concepto que propone el crítico literario Edmond Cros en el libro *El sujeto cultural. Sociocrítica y Psicoanálisis* (2003), quien nos muestra que cada clase social se apropia de ese bien colectivo que es la cultura. Esta apropiación de la cultura es la que define al ser humano como sujeto cultural, y opera por medio del discurso refiriéndose a la carga significativa del lenguaje:

Yo concibo el sujeto cultural como una instancia que integra a todos los individuos de la misma colectividad: en efecto, su función objetiva es integrar a todos los

individuos en un mismo conjunto, al tiempo que los remite a sus respectivas posiciones de clase, en la medida en que, como ya he dicho, cada una de esas clases sociales se apropia de ese bien colectivo de diversas maneras. (Cros, 2003, p.12)

De esta manera, el sujeto cultural manifiesta las diversas formas simbólicas de un determinado grupo cultural. De ahí que el sujeto investigador debe asumirse, a la vez, como sujeto cultural a partir del “yo”, y comprender la red simbólica a la que pertenece, reconstruyendo prácticas culturales junto al sentido significativo de otros sujetos, con el fin de conocerlas, comprenderlas y visibilizarlas.

En síntesis, tenemos que la función simbólica que caracteriza al hombre y que da origen a la cultura, permite además afirmar que el hombre es un hacedor de cultura, y que esta condición nos determina y constituye en nuestra cotidianidad y, por ende, refleja que somos un colectivo que habita un mismo mundo con miles de visiones distintas, pero no indiferentes a los otros. Estas condiciones, situaciones, maneras de vivir y ver el mundo, muchas veces son naturalizadas, poco visibilizadas, e incomprensibles desde el lugar que habitamos.

Llevando toda esta comprensión desde los autores trabajados hacia el espacio simbólico de la cuadra del barrio La Esmeralda que elegí para la presente investigación, el escenario físico, pero también cultural de unos trabajadores y trabajadoras en sus lugares de labor de comercio callejero, al que alguna vez pertenecí, no me deja indiferente. Empecé preguntándome por ese espacio simbólico que se construye más allá de lo visible a simple vista. Así, tal como teorizan estos autores, desde la cotidianidad se tejen narrativas que hablan de formas de estar en el mundo, individualmente, pero también como colectivo signifiante, creador de historias y hechos simbólicos. Y así, a través del uso de las técnicas etnográficas elegidas para llevar a cabo la investigación, poder entenderlos a ellos como sujetos culturales creando narrativas de la realidad.

De acuerdo a Durand (1968), entender lo imaginario desde la perspectiva de la antropología y de la hermenéutica simbólica conlleva concebir finalmente el concepto de “trayecto antropológico”, desde una perspectiva del conocimiento que surge de la imaginación y/o del pensamiento simbólico humano, pues este trayecto no es más que todo el conjunto de funciones psíquicas humanas relacionadas con la vida social. Aquí es

donde el hombre crea su propia concepción del mundo y constituye el conjunto de su cultura. Luego, el nivel de equilibrio socio-histórico de una determinada sociedad se representa en una constante “realización simbólica”, donde la vida de una cultura estaría compuesta por este ir y venir, cuya lentitud y rapidez está determinada por su propia concepción de la historia (p. 117).

Se hace entonces necesario interpretar, dilucidar, leer las posibles versiones de la realidad que surgen de los diálogos constantes entre los significados de mundo que son más comunes entre los individuos que los comparten.

Discusión sobre la investigación-creación literaria

De lo que se trata aquí es de llevar a la comprensión las maneras en las que la experiencia se hace lenguaje que crea y, al mismo tiempo, investiga, logra o intenta lograr explicaciones e interpretaciones, donde se conjugan tanto las formas expresivas y simbólicas de los actores sociales de la cuadra investigada, como las creaciones experienciales que devengan de mi parte, todo confluyendo en un punto explosivo de creación literaria atravesada por un sinfín de hechos pragmáticos -como el despliegue de los puestos ambulantes a lo largo y ancho de la cuadra y sus dinámicas diarias, su forma de relacionarse con los transeúntes, tanto para invitarlos a comprar como para llevar a cabo el intercambio económico, las maneras de vincularse entre sí como comerciantes callejeros, etc.-, y de hechos simbólicos que se construyen a partir de estos en un dialogo continuo. Con respecto a esto, Gutiérrez (2008) afirma que “El lenguaje es la herramienta fundamental de la que se vale el hombre para organizar la experiencia; al mismo tiempo, dispone de este recurso para construir otras realidades posibles” (p. 86). Para la autora, la obra literaria es una “creación” y también una investigación en la práctica llamada *praxis creadora*. Ese ejercicio de creación literaria es la posibilidad misma de investigar, indagar y descubrir de qué manera, desde el lenguaje, se hace literatura, pero además se llega a las formas simbólicas de la cultura. Para narrar es necesario rehacer el lenguaje de otra forma, actualizarlo en el espacio-tiempo particular de las formas simbólicas de lo cultural, entrar en el mundo en el que lleva a cabo su obra de transformación:

La praxis creadora tiene sus propias inquietudes sobre el lenguaje, la literatura y la cultura. Al final, la investigación literaria y la creación literaria se

relacionan en el sentido en que ambas son formas de producción o generación de conocimiento; no obstante, difieren en que una es de carácter científico y la otra de carácter artístico, así como también en sus resultados (Gutiérrez y Rodríguez, 2019, p.60-62).

La creación literaria y la investigación literaria son puntos de génesis de conocimiento, si se mira el hecho de que siempre hay un espacio para una nueva obra, para lo que surge, para lo que aparece: esto es crear. Pero también se puede crear lo nuevo desde lo ya existente, haciendo una reflexión crítica sobre él: esto es investigar, ya que el artista aporta algo novedoso a la comprensión del espacio simbólico. La creación literaria, según Gutiérrez y Rodríguez (2019), va más allá de la verdad del discurso científico al abrir posibilidades a las diferentes verdades de los discursos sociales. Así mismo, multiplica las opciones de significación de lo *real* para instalarlo en el campo de la sensibilidad -espacio de las emociones, lugar de las indeterminaciones- asociado al saber, producto de la experiencia en la vida práctica.

Para estas autoras, lo esencial de cualquier forma de narración es su condición de foco memorístico pero, al mismo tiempo, de generador de nuevas versiones de la realidad, actos que permiten el doble carácter del ser humano, es decir, material y simbólico, fáctico y utópico, cargado de sentidos que se entrelazan en cierto ordenamiento estético y que buscan responder, ir más allá, llenar vacíos, dar cuenta tanto de verdades históricas como de representaciones individuales y colectivas de esas verdades, de esas realidades que pasan por ejercicios de las memorias que obedecen a una dinámica creadora actualizada, a un vínculo con el presente, llevado a ese punto, pero no de manera estéril o “culminada”, sino dialogando constantemente con los símbolos que se forjan a partir del lenguaje en sus diversas manifestaciones artísticas, a través del acto mismo de creación, que intenta:

[...] hacer surgir lo nuevo a partir de lo ya existente. Si seguimos la idea de la literatura como biblioteca universal (un libro remite a otro libro, escribiría Mallarme), podríamos extender la imagen y considerar que la obra literaria se inscribe en la literatura como creación: sobre las bases de la biblioteca surge el texto que le falta a la biblioteca,

pero que no la completa, en la medida en que en ella siempre queda vigente el espacio vacío para la nueva obra. (Gutiérrez y Rodríguez, 2019, p. 59).

Este estado incierto, inaprensible de lo real, es donde la narrativa intenta ocupar espacios por otros caminos diferentes a la ciencia para poder elevar, frente a la idea “dura” de *verdad*, una que sustente el discurso de la narrativa: *Verosimilitud*.

Podríamos decir del relato, como obra de la potencia narrativa e investigativa, que crea aquello que descubre. Este acto creador, que en la antigüedad sólo podía ser obra de un dios, ha pasado desde entonces por cambios de sentido, partiendo sobre todo de las distinciones históricas en las significaciones de *crear*, divididas en la clásica dualidad entre “inventar” o “descubrir”, es decir, entre la ejecución máxima de un dios, o la imitación de la naturaleza como resultado del proceso investigativo (Gutiérrez, 2008, p. 87-88).

En medio de este panorama, el lenguaje, la creación literaria, representa un aparataje simbólico para dar vida a estos ejercicios de búsqueda de sentidos simbólicos del espacio y del quehacer, para imprimir un sello verosímil, propio y revitalizado del acto supremo de narrar y de dar cuenta de nuevos imaginarios en diálogo constante con las memorias y narrativas que se despiertan en la aplicación de las técnicas etnográficas y que se configuran como sistemas teóricos y epistemológicos válidos y nutritivos para el ejercicio científico, pues se erigen como productoras de sentido.

Metodología y Técnicas de Investigación

La investigación-creación literaria, que es el método elegido, es de carácter cualitativo y está basada en la observación de comportamientos sociales, discursos y respuestas abiertas entre individuos de una sociedad en diferentes contextos, pero, al mismo tiempo, va más allá de una simple observación, pues ésta, en términos objetivos, no existe desligada del que observa y se inmiscuye en las nuevas creaciones que de ahí surgen. Al igual que la lectura de cualquier texto es también un acto creador que reconstruye significados a través de la participación activa y presente del lector en el tejido discursivo de las representaciones dentro de nuestra cultura, la praxis creadora implica un continuo monte y desmonte de símbolos sobre una estructura material y cultural que también se hace flexible, que también es plástica, orgánica. Como hacedores de

cultura, tanto los trabajadores callejeros como los investigadores, y la ciudad, la cuadra misma como un espacio discursivo, seríamos entonces tan móviles en nuestras narraciones-creaciones del mundo como móviles y coloridas, constantemente expuestas a los reflujos de lo interior y lo exterior, son las carpas desmontables de los vendedores ambulantes.

Entonces la creación literaria, como metodología idónea dentro de la investigación, cuenta con el aval de las diversas teorías que apuntan a concluir que aquello objetivamente reconstruido no es viable más que como utopía, por cuanto lo que puede percibirse es la constante interacción orgánica de los diversos procesos.

En el terreno de la cultura, el desarrollo y la acción del individuo se hallan entrelazados con el desarrollo y la acción del conjunto de un modo completamente distinto y mucho más profundo. Lo que los individuos sienten, quieren, piensan, no queda encerrado dentro de ellos mismos; se objetiva, se plasma en su obra. Y estas obras del lenguaje, de la poesía, de las artes plásticas, de la religión, se convierten en otros tantos “monumentos”, es decir, en otros tantos testimonios incorporados al recuerdo y a la memoria de la humanidad. Son, como se ha dicho, “más duraderos que el bronce”, pues no encierran solamente algo material, sino que constituyen la expresión de un algo espiritual, de algo que, al encontrarse con sujetos afines y sensibles, puede verse libre de su envoltura material para entrar de nuevo en acción (Cassirer, 2005).

Teniendo esto siempre presente, nos permitimos la interpretación de múltiples significados que nos ayudan a cumplir con el propósito de aportar un nuevo conocimiento sobre el ámbito cultural por medio de una obra literaria –serie de cuentos-, que será el resultado final de la investigación, logrado a través de la aplicación de las entrevistas y de la observación participante como técnicas etnográficas. Las elegí porque en el vínculo entre etnografía e investigador, éste último se convierte en la principal herramienta de investigación, debido a que es él un sujeto asertivo de un conocimiento preexistente y debe recorrer el camino del desconocimiento al reconocimiento, además de presentar los hechos, debe interpretarlos, “...debiendo reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva” (Guber, 2001, p.21).

La observación participante integra a la comunidad y ayuda a hacer consciente mi elaboración, mi impresión y mi expresión dentro de la misma; como metodología

etnográfica holística, esta técnica permite al investigador poner en juego todos los sentidos, de manera que pueda dar cuenta de una experiencia completa; a través del uso del diario de campo para registro de los eventos y los sentidos simbólicos que las personas dan a sus prácticas cotidianas, empecé a visitar la cuadra en cualquier día de la semana para observar la dinámica de comercio callejero en lugares específicos del Barrio La Esmeralda.

Cuando se presenta el ambiente adecuado, la aplicación de la entrevista no dirigida es el paso a seguir; su valor no reside en lo referencial sino en lo performativo, es decir, lo que se busca con esta técnica no es solamente informar sobre cómo son las cosas, sino también dar cuenta de ello a partir de la realización simultánea de la acción evocada por el entrevistado: “La entrevista es una situación cara-a-cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad” (Guber, 2001, p.74). La reflexividad dentro del trabajo de campo y sobre todo en la entrevista funciona como un elemento que posibilita la diferenciación de los contextos y ayuda al conocimiento de las diversas interpretaciones tanto del investigador como de los entrevistados. Es ahí donde radica la importancia de esta técnica, ya que el entrevistador se presenta sin un cuestionario previamente preparado, y a partir del acercamiento y del diálogo se construye una especie de puente que conecta al investigador con el mundo de los entrevistados. Alrededor de esta investigación bajo los términos de la reflexividad se ha podido un conocimiento más completo de la experiencia y del yo como sujeto investigador, logrando sumergirme dentro de cada uno de los contextos y problemáticas a investigar, para así dar cuenta a plenitud de íntimos detalles de lo que sucede dentro de cada espacio y determinar las disímiles visiones que se presentan debido a la diferencia de la red simbólica a la que los sujetos a investigar pertenecen.

Sin embargo, es a través de mi propia narrativa a partir de los cuentos creados, que puedo dar cuenta, desde mi creación y desde las vivencias compartidas por las personas entrevistadas, de estos claroscuros presentes en el complejo tejido social del espacio simbólico de esta cuadra en particular.

He elegido el cuento como forma narrativa idónea para este proceso de investigación creación literaria, luego de acercarme al ensayo de Benedetti llamado *Cuento, Nouvelle y Novela: Tres Géneros Narrativos*. En éste, el autor nos da a conocer y nos ejemplifica estos tres momentos del arte de narrar historias. Puntualmente, según Benedetti (1968) el cuento es una

“especie de corte transversal efectuado en la realidad” (p. 222) que involucra un giro de sentido -que él llama “peripecia”, ya sea física o espiritual-, un algo que quiebra la apariencia cotidiana de las cosas y que las lleva a otro ámbito de significación.

Para Benedetti (1968), el cuento -así como la *nouvelle* (en francés) o *short-story* (para la narrativa inglesa) y la novela-, son versiones de la cotidianidad o del conflicto humano que se narran desde la literatura para dar giros simbólicos a los hechos dados y hacer estallar la belleza del acto creador. En ellas se separan los hechos, se les ubica en el caudal de la historia, en la fantasía, se analiza el pensamiento desde afuera y desde adentro, desde sus raíces, desde sus proyecciones y se conecta con otros procesos, con otras historias. En cada uno de estos géneros, el proceso ocurre de diferentes maneras, en extensiones que varían -aunque no sea necesariamente el único criterio de definición -y en intenciones que se concretan enlazando elementos que las hacen únicas.

A este respecto, Bruner (2003) también nos recuerda que el relato o cuento representa una infracción al orden en que ocurren las cosas normalmente, y que hace necesario que algo se presente desde otra perspectiva, es decir, alterado. Es a través del impulso de la metáfora que el relato consigue significar algo que va más allá de las cosas específicas que narra, en el universo simbólico hacia donde invita al lector a seguirle, frente a un “paisaje de conciencia donde se representan los pensamientos, los sentimientos y los secretos de los protagonistas de la historia” (Bruner, 2003, p. 46).

A continuación, en el segundo capítulo se describió mi travesía dentro de la cuadra investigada contando todo el proceso de inmersión en estos espacios aplicando las técnicas metodológicas.

Capítulo 2

Travesía: Caminando Por Los Imaginarios Del Comercio Callejero De La Cuadra

A través de las técnicas metodológicas de la entrevista no dirigida y la observación participante, en este segundo capítulo abordaré las diversas expresiones de los imaginarios que las personas han ido creando a partir de los espacios en los que se encuentran, de la forma como se relacionan con los compañeros de comercio ambulante, esas estrategias con las que se mueven en el tiempo, con lo que viene del pasado, de cómo era todo aquello en otras épocas, cómo se proyecta hacia el futuro, y cómo se configura el quehacer de un día, de una semana, de un mes, imprimiendo un ritmo constante a sus vidas, y relacionándolos también con los movimientos del ambiente próximo e inminente, con el sol y con la lluvia, con el viento y el humo, con el sonido de los vehículos, la música y el perifoneo callejero, con las tempestades que imponen una aceleración en el ritmo, todos unos despliegues que surgen al vaivén de los cambios de clima abruptos en la ciudad, y que obligan a extender plásticos y coberturas para crear esos escenarios coloridos y exuberantes que inundan la cuadra del Barrio La Esmeralda.

En lo que respecta a mi presentación y a las preguntas que dirigí a los comerciantes callejeros que accedieron a dar sus entrevistas, se estructuró de la siguiente manera, siempre entendiendo que las fui acomodando e introduciendo de acuerdo a las fluctuaciones de la narración de cada uno de ellos para que resultaran más armónicas y orgánicas, es decir, que fueran adaptándose a los ritmos propios de ellos, a sus formas particulares de moverse en el tiempo y en el espacio, tratando de no forzar sus dinámicas de silencio o de uso de la palabra, de atención a los clientes o a los vecinos de puesto, y a sus necesidades del momento.

A todos les introduje en la intención de mi entrevista diciendo que estaba haciendo un trabajo de investigación para mi tesis de la universidad que se trataba sobre el comercio callejero, los puestos ambulantes, las personas que trabajan en este sector. También les aclaré que la intención de estas entrevistas era lograr hacer una creación literaria, donde pudiera establecer su experiencia, cuántos años llevan, cómo ha sido este proceso, hace cuánto tiempo comenzó, etc. Les dije que eran preguntas muy sencillas y que en todo momento se respetaría su derecho a responder o no.

Las preguntas iban dirigidas a abordar las motivaciones que llevaron a cada uno de ellos a elegir este tipo de comercio en este espacio de la cuadra del Barrio La Esmeralda, cómo empezaron, cuánto tiempo habían permanecido en estos lugares de trabajo, y qué tipo de artículos vendían, así como sus relaciones con los demás compañeros de cuadra y con las instituciones municipales como *Espacio Público* que reglamenta su labor; también, del cómo se

ha ido transformando el lugar y la forma de trabajar, les pedí además que describieran un día de su cotidianidad laboral y hablaran de su experiencia de enfrentarse al clima cambiante de Popayán. Finalmente, me pareció importante que trataran de definir una experiencia significativa de su trabajo.

Inicié esta travesía desde mi perspectiva como entrevistadora para ir a descubrir ese espacio que me llevó desde mi casa ubicada en el barrio La Esmeralda hacia los adentros del sector, hacia ese lugar casi icónico y reconocido como una parte importante de la ciudad donde está la galería y el centro comercial La Esmeralda. Fui caminando por las calles, para sumergirme en la cuadra donde estaban ubicadas las personas que iba a entrevistar.

Caminar desde mi casa es como ir escuchando una canción que inicia muy lento, pero que poco a poco se va acelerando hasta llegar al alambre supremo de unos coros estruendosos. Cuando arranco mi travesía, pasan muy pocos carros, una que otra moto, algún que otro vecino escucha música a volumen moderado para acompañar los quehaceres del día, o alguna familia ha montado un piqueteadero, una peluquería o un restaurante en el garaje de su casa; es una zona residencial que, aunque cada vez da más muestras de la estrategia comercial de las casas-locales, todavía conserva el ambiente relativamente tranquilo de cualquier barrio popular. Casi imperceptiblemente, y a medida que voy avanzando por las calles, el ritmo de la canción de mi travesía se va acelerando y el volumen se va elevando: me voy acercando paso a paso al vórtice donde está la cuadra y en donde los sonidos, los olores y las manifestaciones de la galería y de los comercios ambulantes se convierten en un hecho real ante mis sentidos que imprimen un sello tan particular, tan colorido y vivo de lo popular.

Aquí aparece en su máxima expresión el ruido de carros y motos, el perifoneo, los parlantes en los que se escucha música a alto volumen como cumbia, reggetón, salsa, aceleres melódicos que sirven de fondo a las dinámicas armadas de las estructuras de cada puesto ambulante, se empiezan a ver las carpas, las personas afanadas o menos afanadas, moviéndose en distintos ritmos para organizar su mercancía, para crear el puesto ambulante del día, que por más que se intente, nunca será exactamente igual al anterior: tender el puesto, ejercer ese movimiento diario de armar y desarmar, implica una reformulación cotidiana de los órdenes, es un teatro que se reescribe bajo un mismo guion, una canción que se canta *a capella* pero que nunca se escucha del todo igual en cada versión repetida a lo largo de los días. Del mismo modo, los imaginarios asociados al espacio están atravesados por esta naturaleza fluctuante, mudable del comercio

callejero, pues su dinámica cotidiana hace parte de un manual que se escribe en horas, en lapsos cortos de tiempo.

A medida que me voy adentrando en la cuadra, los aromas de comida que salen de los puestos de fritanga, de salchipapas, de perros calientes, de hamburguesas, de arepas, el olor del café de los termos, invaden mi olfato. Los colores encendidos de toda la atmósfera son un espectáculo también significativo: muchas tonalidades cromáticas se entremezclan sin estilo aparente en la ropa exhibida -sobre todo deportiva, medias, sudaderas, camisas- en los ganchos que poco a poco empiezan a ondear en la parte alta de los puestos, bajo los plásticos, los techos de madera o de latón. Otros aparecen puestos en maniquís o sobre un entablado donde se encuentra de todo un poco. Hay unas toldas más grandes que otras, y los métodos de exhibición varían de un vendedor a otro.

El tránsito de carros y motos, de Piaggios y otros vehículos ponen otras notas altas al ambiente. En las esquinas de la cuadra se forman generalmente muchos trancones, lo que obliga a los conductores a usar sus pitos y bocinas. Se siente un fragor en la sangre, una sensación de aceleración, casi un ambiente festivo y enérgico, pero como atravesado por un frenesí en el que todo se confabula para incitar al consumo: desde lo que entra por los ojos a través del lenguaje quieto y colorido de la mercancía expuesta, hasta la publicidad oral que salta de los micrófonos que uno que otro local usa como método de atracción de clientes, pasando por los apetitosos olores a buñuelos, a café dulce y humeante, a carnes asándose, a cebollas y papas en aceite caliente buscando su punto más dorado, que alborotan el hambre así uno haya acabado de comer. Esas voces chillan en estéreo, los carros y las motos pitan en las esquinas, los vendedores anuncian entre palmas sus “acérquese, acérquese sin compromiso”, sus “a la orden las sudaderas, los leggins, las camisetas”, sus “venga mami que aquí está lo bueno”, etc.

Adentrándome más en este lugar, me ubiqué en un ambiente que conocía desde niña en algunas de sus dinámicas y representaciones culturales, pero con una intención distinta, pues ahora estaba yo desde otro lado, no del todo desde afuera, pues en algún momento pude hacer parte de estos espacios simbólicos desde mi experiencia infantil y familiar, pero sí diferente, porque ahora venía con un plan de investigación, para llevarlo a cabo; tenía que dar el paso siguiente para poder ir conociendo mucho más del espacio: entrevistar a la gente que lo conforma, cosa que pensé que sería sencilla, pero que resultó ser todo lo contrario, pues no contaba con que mis tiempos no son los mismos que los de otras personas.

Así que la primeras dificultades estuvieron cuando procedí a entrevistar a las dos primeras personas, la primera persona, un señor que, dentro de mi observación, siempre sobresalió, ya que su puesto estaba ubicado en la mitad de la cuadra, un espacio pequeño, montado con unas varas que formaban un cuadrado y encima con una carpa para protegerse del sol y la lluvia; en su puesto tenía herramientas de trabajo como martillos, machetes y otras más pequeñas como cuchillos, destornilladores, alicates, pero también coladores y hasta radios para acompañar las jornadas en el campo.

Sin embargo, ese día de mi travesía no fue a laborar, su puesto estaba vacío. Me quedé pensando qué podría hacer, hasta que vi en la esquina de esa cuadra, una muchacha que estaba sentada junto a su puesto ambulante y que parecía amable; por encima se veía muy colorido, por todos sus lados “taqueado” -lleno- de medias, toallas y demás cosas que no lograba observar porque estaban unas encima de otras. Decidí hablarle y comentarle lo que estaba haciendo como investigadora, le conté que quería saber un poco más sobre el lugar y las dinámicas que ahí se realizan. Su respuesta fue positiva, por lo tanto, quedé de ir a su puesto de trabajo a la hora que ella me recomendó. Ese día quedé ahí y además de la entrevista ya programada con la muchacha, no perdía la esperanza de volver y encontrarme con aquel señor.

Días después regresé al lugar y, para mi contento, el señor sí se encontraba en su espacio, sentado en una silla blanca y bajita, como casi siempre lo observé. Me acerqué, me presenté y comencé a hacerle preguntas sencillas. El hombre respondió a mis preguntas introductorias de forma cortante pero tranquila; sin embargo, cuando empecé a interrogar acerca del comercio o de sus experiencias, él ya no me daba una respuesta y se le notaba la incomodidad en su rostro. Di las gracias y me despedí. La segunda persona, Don Saúl, un hombre que conocí gracias a que me lo presentaron, y a que además me comentaron que era suizo, cosa que me llamó muchísimo la atención, pensar en cuál habría sido su historia para estar en Popayán y luego decidir trabajar dentro del comercio callejero, además de escuchar seguramente todo lo que tenía por contar; el día de la entrevista lo encontré sentado en su silla blanca junto a su puesto con forma de casita de color azul donde vende periódicos, dulces, chucherías y demás; llegué, me presenté, le expliqué de qué se trataba mi investigación y procedí a hacer las preguntas. En ningún momento se mostró incómodo o con algún malestar por mis preguntas. Lo que resalto de él es su carisma y su buena actitud, desde un principio me recibió con una sonrisa, muy amable y dispuesto a ayudarme; para mi sorpresa, la dificultad estuvo en que no hablaba bien el español; debido a esto, sus respuestas

eran algo confusas. Para las siguientes preguntas intenté ser un poco más clara, pero no fue posible una conexión que me permitiera incorporarlo a la investigación, así que opté por no hacer más preguntas y comencé a hablar con él hasta que se acabó el tiempo de la entrevista. Don Saúl fue uno de los pocos vendedores ambulantes de la cuadra que me ofreció su tiempo y su sonrisa abierta desde el primer momento, pero, lastimosamente, la lengua no permitió fluidez en la comunicación. Los otros entrevistados, en líneas generales, mostraban ciertas reticencias que iban soltando o reforzando, de acuerdo a sus inquietudes, a su nivel de confianza y al clima que iba tomando la entrevista en su momento.

Así que reflexioné acerca de que podían existir ciertas reservas a la hora de responder mis preguntas y en la actitud general de las personas dentro del comercio informal, que pueden relacionarse con su condición de trabajadores ambulantes, de estar en esa franja delgada entre lo legal y lo ilegal, desde ahí es complicado que alguien llegue con preguntas porque puede despertar un ámbito de sospecha que causa incomodidad y reserva a la hora de abrirse a contar sus historias para protegerse a sí mismos y a su trabajo. Entonces, más que unas entrevistas, estas experiencias se perfilaron como un primer piloto donde fui calentando motores, entrando a entender cómo funcionan las reglas del juego tanto en este espacio en particular, como en mi propia manera de relacionarme con los entrevistados. En este sentido, este primer acercamiento me sirvió para ir puliendo las preguntas que dirigía, los cambios que podía introducir y las posibles reacciones y respuestas que podría recibir de parte de ellos.

Variedades Liz

Se llegó el día de ir a mi primera entrevista, luego de la experiencia introductoria que narré en el apartado anterior con el señor, para poder conversar con la muchacha que vi el día en que el señor no fue a trabajar. Confieso que me encontraba un poco emocionada por volver a estar en ese escenario que trajo a mí muchos recuerdos de una parte de mi infancia, y también saber cómo ha sido la experiencia de ella y seguramente todo lo que tenía por narrar, testimoniar y recordar. Cuando llegué, ya pude ver su puesto ambulante más de cerca: era de un tamaño promedio y, efectivamente, su mercancía estaba organizada en la parte de arriba de tal manera que colgaba uno encima del otro como formando una liana y toda ésta cubría gran parte de su puesto; en la parte de abajo contaba con una mesa llena de blusas, medias, toallas; todo resaltaba bastante y era muy colorido.

Frente al puesto de la muchacha, cerca de la esquina, un grupo de “motorratones” observaban con expectativa las caras de los que iban pasando por la calle, para detectar al cliente que requería un servicio de transporte de este tipo. La señal puede ser un pitido de la moto, un silbido, una palabra como “moto”, que está entonada entre la pregunta y la afirmación, o, algunas veces, un dedo índice levantado en el aire hacia la persona para hacer contacto cercano, además de la mirada que establece una posible negociación. Se los conoce generalmente porque esperan, pero también porque llevan un casco de más a manera de pulsera en alguno de sus brazos.

En medio de este escenario y los coloridos puestos de los demás vendedores, le hablé a mi entrevistada. Sin embargo, no fue lo que esperaba: su expresión no fue la mejor, además que se demoró un tiempo para atenderme y estuve esperando mientras me daba el espacio para poder comenzar; le recordé y le expliqué lo que se iba a hacer y empecé a hacer preguntas para iniciar una conversación amena: ¿Hace cuánto tienen su puesto ambulante? ¿Qué se debe hacer para instalar un puesto en esa cuadra? ¿Qué tipo de artículos vende?

Sus respuestas fueron muy indiferentes y cerradas; por ejemplo, me comentaba que llevaba ocho años laborando dentro del comercio informal; primero, vendían maletines y después cambiaron a artículos como calcetines, ropa interior, toallas, entre otros. También, me contó que para poder obtener una zona en dicha cuadra “debes estar inscrito en un programa de la Alcaldía de Popayán y esperar cierto tiempo para salir en el listado. Si no estás en ese listado, trabajarías ilegalmente, y en cualquier momento puede llegar la Policía para quitarte la mercancía o desalojarte” mientras me hablaba, fue el momento donde la muchacha se mostró más locuaz y expansiva en sus comentarios.

Luego de estas respuestas, quería saber cómo se sentía estando en ese lugar, si a lo largo de esos ocho años habían cambiado las cosas, pero sus respuestas eran aún más cerradas, como si no quisiera hablar del tema; entonces opté por decirle que me comentara lo que quisiera, con lo que más se sintiera cómoda, a lo que me contestó que estaba ahí mientras lograra tener algo estable, que hay días buenos y días malos, que a veces se encuentra con gente amable y no tan amable, que era tedioso para ella tener que, todos los días desde las seis de la mañana, organizar el puesto y, seguidamente, organizar toda la mercancía hasta las siete de la noche para guardar todo; ella lo llamó “rutina”, además, que entre las diferentes personas que laboran en ese mismo lugar no había una relación de amistad, sino que cada uno iba por su lado: “el saludo y ya”.

Este representó otro “tanteo” como investigadora. Sumando mi primera experiencia con el señor y ésta, comprendí que, así como se construyen los espacios desde la cotidianidad, la propuesta de la entrevista misma marcaba un momento de “ruptura” que debía aprender a introducir de manera más reflexiva y armoniosa si pretendía que esos imaginarios simbólicos pudieran ser reflejados más límpidamente durante la práctica investigativa. Nuevos avances y aprendizajes hacia una mayor comprensión y manejo de mis entrevistas y de otros detalles de la interacción con las personas que habitan el escenario de la cuadra, durante esta trayectoria que fui recorriendo en un territorio lleno de contrastes, de confluencias diferentes, de ánimos, pareceres y formas de percibir y moverse en este espacio.

Entre esta primera entrevista y el momento de ir en busca de la segunda, pasaron varios días. Durante este tiempo reflexioné acerca de la manera como mi primera experiencia podía hacerme pensar que las personas a las que entrevistaría luego iban a seguir la misma pauta de parquedad y poca apertura ante mis preguntas. Esto hizo que aplazara poco a poco toda iniciativa de comenzar otra travesía. Sin embargo, sabía también que mi primera experiencia era, en sí misma, un material muy valioso a la hora de comprender las complejas representaciones simbólicas que los comerciantes callejeros crean de su territorio. También opté por adecuar las preguntas para que fueran un poco más cómodas y poder entablar una mejor conversación con mis siguientes entrevistados; además no dejé de pasar por la cuadra: como vivo cerca siempre estoy ahí, observando.

Muchas veces resulta complejo reconocerse como del otro lado del espectro, es decir, ya no como la vendedora ambulante que fui en mi infancia, sino como una entrevistadora de los espacios simbólicos que estas personas, al igual que mi familia y que yo misma en su momento, crean alrededor de esta labor. Del mismo modo debe ocurrir a los comerciantes callejeros que intento abordar: no resulta sencillo, ni a todos por igual, contar su propia historia, desnudar frente a una perfecta desconocida la esencia de su cotidianidad laboral y sus muchos significados a nivel simbólico, emotivo y vivencial.

Con esta experiencia pude inferir que el día a día de estas personas va más acelerado de lo normal, además, que están pendientes de su puesto y de todo lo que ocurre a su alrededor, en una actitud de alerta constante, ya sea por un posible comprador o por una persona que, como yo, va a entrevistarlos.

Sin embargo, para la próxima iba con mejor expectativa, con la confianza en que todo resultaría muy bien esta vez luego de estas reflexiones y adecuaciones, lo que me dio impulso para seguir en el camino de mi travesía.

Una Historia Ancha Como El Mar

Llegué al lugar donde me esperaba la segunda entrevistada. Doña María del Mar Mosquera, una mujer de cincuenta y seis años, de complexión gruesa, sonriente pero fuerte en sus maneras, con un carácter recio de mujer trabajadora que lleva las riendas bien puestas en sus proyectos. Lleva veinticinco años trabajando como vendedora ambulante en este lugar. Su puesto está ubicado al lado de un poste de energía y custodiado por un ejército de motos y otros vehículos parqueados a un lado y otro. La tolda, de color azul, está soportada por una estructura de metal del cual empiezan a colgar racimos de medias, cordones de todos los colores, vestidos, blusas, faldas, además de un maniquí negro y esquinero sin piernas ni cabeza, pero bellamente ataviado con un vestido negro, mientras en la parte baja, sobre un tendido de madera encontramos más ropa, todo rodeado por algunos maniquís de la cintura hacia abajo, que lucen otras prendas como pantalones o sudaderas; hay bultos de ropa que hacen las veces de mesa o de asiento según la necesidad, y que también ayudan a sostener el entablado por la parte inferior.

La señora está acompañada de otra muchacha que, de pie, advierte a los transeúntes acerca de la bondad de la mercancía gritando “a la orden, a la orden”, o alguna otra variación de la fórmula y en una silla plástica me espera la Doña con sus respuestas.

Luego de las introducciones y las primeras conversaciones sobre el tiempo que llevaba trabajando en el lugar, el tipo de mercancía y demás detalles, le pregunté acerca de su cotidianidad, de su “vivir del diario vivir”, a lo que ella me respondió que como ella era *una persona obediente ante las leyes de Dios*, su día comenzaba a la 4:50 de la mañana, y que las primeras horas las repartía entre hacer ejercicio, preparar el desayuno para llevar, y hacer una oración porque, para ella, su fe es de vital importancia y está presente de forma profunda en toda la narración: *Hacemos un devocional de media hora dándole gracias a Dios por la vida porque eso es maravilloso, uno despertar y amanecer bien*. Ya tipo seis de la mañana saca a sus perritos a la cancha, y a las 6:30 comienza su jornada laboral:

A las seis y media estoy arrancando para acá. Aquí empieza ya lo que es armar la carpa, que eso más o menos me demoro media hora. Y como él (el esposo) trabaja a las

ocho entonces él viene, me ayuda, muy buena persona, saca las tulas, porque esas tulas son unas tulas superpesadas que no las carga sino un hombre.

Doña María del Mar me comentaba que esa función de los turnos de trabajo que hace una muchacha para ayudarla en el armado, desarmado y venta en el puesto, anteriormente lo hacía su hija, pero como tuvo un bebé está en reposo. El esposo de Doña María del Mar se queda ahí en el puesto, y ella se va a colaborarle a su hija con el bebé haciéndole las sopitas y demás cosas que se necesiten: *Le dejo bañada la niña y ya me ducho y me vengo para acá, mientras mi esposo me espera, desayunamos y ya iniciamos la mañana.*

Aquí se ve la manera como se va organizando el puesto ambulante todos los días entre Doña María del Mar, que se encarga de ordenar el lado derecho del puesto, y su esposo, a quien le corresponde el lado izquierdo; la muchacha que les hace el turno ordena lo demás mientras Doña María del Mar regresa de su casa de terminar sus quehaceres familiares. Entonces encuentra todo ya listo para iniciar las ventas, tiene ya un orden establecido por ella: su ordenamiento del espacio.

Estas respuestas me llevan a reflexionar en la manera como la casa y el trabajo aún no están separados tajantemente, es decir, que pueden seguir siendo espacios que confluyen. La familia es esencial en su armonización del espacio de labores. Doña María del Mar y su esposo arman su punto de comercio callejero juntos, aunque él tiene un trabajo formal, al que se va luego de que ayuda en el puesto ambulante. En ese sentido, éste representa más que sólo un lugar para vender mercancía: también puede leerse, en ciertos aspectos, como un espacio extendido de la casa. Ahí llevan el desayuno y comen, y tanto ella como su esposo van y vienen, respetando sólo sus afanes propios. En este caso que nos narra, su hija está en periodo de “dieta”, pues acaba de tener una bebé. Es así como su trabajo en el comercio ambulante, al darle la posibilidad de manejar sus propios ritmos personales y familiares, le permite cuidar por un lapso de tiempo a su hija y a su nieta sin tener que depositar esa labor primordial en un tercero.

De igual modo, su fe en Dios es un eje central en su forma de pensarse su programa diario de labores y la construcción del espacio simbólico del puesto, así como sus relaciones de respeto y obediencia frente a las normas públicas que rigen las actividades laborales en la ciudad. Gracias a su fe, según sus palabras, logra mantenerse en pie, logra tolerar algunos momentos difíciles, en la confianza de un poder superior que los llena de bendiciones y los protege, como puede verse en esta respuesta:

Todos los días oramos por el (puesto) porque éste es el que da el sustento de todo, de todo porque mi esposo me dice que es una ayuda, pero tenaz, éste es el sustento diario de todos nosotros.

Pero, así como ser parte del comercio informal puede suponer ciertas ventajas al momento de no tener jefes más que sí misma, y, al contrario, poder dar empleo a personas de la familia y conocidos, también tiene sus puntos complejos, como lidiar con el clima. Estar en la calle es como estar a la intemperie, sin el resguardo de un local formalmente constituido que les cueste más, pero que también los proteja de las inclementes lluvias y los fuertes soles de Popayán:

[...] aquí se padece mucho lo que es las cosas del tiempo, el sol, el viento, la lluvia, a veces nos pegamos unas mojadas, porque a veces caen unos aguaceros, cosa tremenda! Entonces yo digo pues, prefiero yo mojarme que, aunque a veces uno expone la carne para tapar la mercancía porque yo extendiendo plástico allá, allá y acá, pero cuando esta así el tiempo bueno, no extendiendo nada y no se ve tan feo.

Entonces Doña María del Mar me narró cómo es un día de aquellos en que cae una tormenta:

¡Cómo te podría describir, uy no, es espantoso! (Risas). ¡Hay veces cuando lo cogen a uno rápido la lluvia, uno llega y no atiende a nadie y corra todo con toda la mercancía y todo el mundo a entrar porque no me toca solo a mí, todos, eso allá han volado maniquís, de allá han cerrado y acá empiezan a mojarse las cosas, sí, esto es como terrorífico en ese momento de lluvia que es duro, uy no...!

El tema del espacio público -y de las instituciones que regulan su uso y función, así como las formas en que el comercio ambulante se relaciona con estos espacios institucionales y callejeros-, es el que marca más claramente las fronteras en lo propio y lo ajeno, entre lo privado y lo público. Las estrategias discursivas con las que los trabajadores del comercio callejero crean sus narrativas acerca de este espacio y lo llenan de símbolos y representaciones sociales y culturales, es parte esencial de la presente investigación y puede verse reflejada en algunas respuestas de la señora María del Mar que muestran que todo ha sido bueno y positivo para su vida y la de su familia durante todos estos años. Sin embargo, me cuenta cómo han sido las relaciones con la actual administración pública, de su temor de que en cualquier momento pueden sacarlos del sector y que le tocaría empezar de nuevo en su casa. Ella habla de que, de

algún modo, aunque este puesto ha sido un soporte vital para la familia, podría tomar con mucha alegría la readecuación o reubicación que llegara a hacer Espacio Público de los puestos ambulantes del sector, y relata la experiencia que ella escuchó de las personas que fueron reubicadas en la zona del Idema, más hacia el centro de Popayán:

Esos lugarcitos los vendieron y volvieron y se salieron pa' la calle [...] Aunque aquí yo me siento bien, me siento delicioso, pero si a mí me dan un lugar donde trabajar, un local o que hicieran algo ahí, [...] yo me meto, seguro porque es una proyección de vida porque yo me puedo cansar.

Ella habla de que se visiona a futuro con una pensión y legando un local más estable para que su familia continúe su trabajo si así lo desea. En estos terrenos legales, laborales y climáticos de incertidumbre y azar se mueven los trabajadores ambulantes en la cuadra elegida del barrio La Esmeralda de Popayán. Doña María del Mar puede hacer comparaciones y sentar su posición frente a otras experiencias de comercio callejero para analizar su propia situación y la de todos los vendedores del sector. En este flujo de información constante, en este ir y venir de noticias, chismes, suposiciones e idealizaciones a futuro se mueve su mundo, se tejen sus sueños familiares y personales, y sus narrativas acerca del espacio simbólico en el que trabaja. Igualmente, puede confrontar las historias que otros construyen sobre el mismo espacio público que ella se representa como fundamental en su vida, pues mientras para algunos representa su medio de subsistencia, para otros es sólo un espacio vacío para funciones menos vitales. Al respecto, ella me comenta:

¡La gente dice, la gente pasa y dice ay! Y estos que ocupan el espacio público, y que cuando uno lo desocupa es para poner puro carro, entonces yo digo le está quitando la fuente de trabajo a mucha gente por venir a colocar un carro del dueño del almacén.

Aunque Doña María del Mar asegura que tanto ella como su familia reconocen el espacio que ocupan como “público”, también cree que el tiempo que llevan allí laborando les da una especie de derecho, más allá de las normas: una jerarquía que imprime el tiempo y el esfuerzo invertido. Eso genera cierto respeto, además del hecho de que ellos ya se encuentran carnetizados, lo que también representa cierto nivel de seguridad. Sin embargo, también ocurren nuevas dinámicas más aceleradas, llegan personas más ambulantes aún, si esto se puede, es decir, que sólo aparecen durante ciertas fechas especiales del año como la celebración de Amor y Amistad, Navidad, etc., generalmente en un carro que va en marcha o se mueven por tiempos

cortos entre esquinas o sectores ofreciendo mercancías, y que pasan por encima de estas jerarquías ya establecidas entre los vendedores ambulantes más estables:

[...] hay gente que ha llegado muy nueva, pero yo digo pues también tienen la oportunidad de trabajar y que de pronto lo carneticen. Pero esa gente llega y así como llega te vende a ti o puestico por puestico y se va.

Para Doña María del Mar, su puesto ambulante ha sido un milagro por el que da gracias todos los días. Gracias a este espacio vital, ha logrado, con ayuda de la familia, sacar adelante la construcción de su casa propia, el estudio de su hijo -primero como patrullero de la Policía y ahora como cantante de música popular vallenata-, e hijas -una que se fue a estudiar a Estados Unidos y cuyos gastos subvencionó con las ganancias de su labor en el puesto ambulante-, así como el sustento fundamental de su diario vivir.

Como primera entrevista, la calidez y apertura que encontré en las narraciones y respuestas de Doña María del Mar a mis preguntas, así como su alegría y disposición, fueron un gran impulso para entrar realmente en calor y poder tejer un diálogo fructífero y fluido con mis otros entrevistados.

La señora del Maquillaje: Todo el mundo tiene derecho a trabajar, pero hay que respetar

Mientras para Doña María del Mar su puesto de labor ambulante puede ser, además de su medio de sustento, una especie de “altar” que unifica y beneficia a todos en su círculo familiar, para otros vendedores ambulantes, como “La señora del maquillaje” -a quien llamo así porque no accedió a darme su nombre- puede llegar a ser un punto de conflicto o de desavenencias con algunos vendedores, tanto los de los locales que pagan alquiler, servicios públicos e impuestos, como los que laboran sólo en días especiales (Día de La Madre, del Padre, del Amor y la Amistad, Navidad, etc.) y no son constantes:

Para que tu veas el contexto, que no es fácil, es todos los días madrugar, aquí hay veces que no se vende, aquí tenes que soportar sol, agua, se te mancha tu cara, te cansás, o sea esto aquí no es fácil, es un sacrificio, pero también los que hemos estado aquí hemos tenido constancia porque hay personas que vienen, se van, vienen, se van, pero los constantes...es duro.

La extensión de su puesto de maquillaje, en promedio, no es tan grande como los otros; su carpa, que es la parte que los protege del sol y de la lluvia, es de color rosado y sus varillas de

color blanco; el lugar donde coloca todos sus artículos es una mesa ancha de color blanco sobre la que ha puesto un mantel también de color rosa para cubrirla; además cuenta con dos sillas para poder descansar en los momentos en que pueden. Lo que lo hace sobresalir de entre los demás puestos ambulantes son las diferentes gamas de colores de sus artículos como paletas de sombras, labiales, iluminadores, brochas, splashes, lociones, cremas para el cuerpo y la cara, bases de maquillaje, pestañinas, lápiz para las cejas, rubores, correctores, entre otros; todo está muy bien organizado: es como ver las escaleras de un estadio, en la parte de arriba se encuentran los artículos más grandes y, a medida que se va bajando cada escalera, se van los medianos hasta llegar a los pequeños, con el fin de que cada artículo obtenga el protagonismo que merece.

La Señora del Maquillaje y su hija trabajan en este lugar de la cuadra desde hace más o menos tres años, luego de la Pandemia del Covid 19, y se encuentran incluidas en las listas que lleva la Alcaldía junto con Espacio Público acerca de los trabajadores ambulantes. Ellas ya traen la experiencia de tener un local y de cumplir con todos esos requerimientos legales, pero luego de las condiciones socioeconómicas complicadas que trajo la Pandemia, decidieron empezar a vender sus productos de forma ambulante en esta cuadra del barrio La Esmeralda, aunque tienen otro punto de distribución en la galería de La Trece.

En un comienzo se ubicaron en un espacio un poco más hacia el sur de la misma cuadra, es decir, hacia la avenida por donde circula más tráfico de gente y de posibles clientes, pero Espacio Público las reubicó y les dio unos lineamientos a seguir que ellas aseguran cumplir a cabalidad, además de que, aunque no son las más antiguas en jerarquías de tiempos, si han tratado de poner orden y crear cierta armonía para distribuir los espacios respetando a los que llevan más tiempo en el sector.

Estos discursos que estas vendedoras ambulantes crean sobre las dinámicas de adecuación a los movimientos que van ocurriendo en la cuadra son importantes, a mi parecer, porque configuran las directrices de sus modos de representarse, de vivir y de ordenar simbólicamente este espacio:

Espacio público nos dijo que la condición para que nosotros nos pudiéramos hacer aquí es que hubiera orden [...]: No podemos hacernos sobre las paredes, no podemos trabajar abajo, salvo por ejemplo en ocasiones especiales, tienen que respetarse los espacios de cada persona, toca dejar el espacio para los minusválidos, zonas para que las personas caminen, entonces por eso las esquinas no se pueden tapar

[...] El lema de nosotros ha sido: todo el mundo tiene derecho a trabajar, pero hay que respetar. O sea, yo no puedo llegar y hacerme en el puesto de una persona que lleva años como “Los de los Cds”, o hacerme en el puesto de Doña Claudia, que es una persona que lleva más de cinco años vendiendo su pizza.

Estas dos mujeres, trabajadoras informales en una cuadra del barrio La Esmeralda, privilegian el orden por encima de otros valores, y dicen respetar las jerarquías que impone el tiempo de otros trabajadores de la calle que llegaron antes que ellas, así como entienden la posición de los vendedores de la zona que tienen un local y que se sienten incómodos por su presencia en las calles. Sin embargo, aseguran que así hay que laborar en una ciudad que ofrece muy pocas posibilidades de trabajo digno. Es un sacrificio necesario para sobrevivir, y no sólo hay que encarar los complejos temas de organización que se presentan en todas las comunidades con intereses similares pero con ideas distintas de apropiación del espacio y del respeto a los otros, además de las adversidades del clima de las que también narraba Doña María del Mar, sino que hay que resolver cotidianamente situaciones límites, que sin embargo, hacen parte de las labores de subsistencia y también dan material expedito para las bromas entre familiares, colegas y compañeros de cuadra:

Aquí venía Espacio Público, nos hacía quitar la mesa, al señor que vendía los vidrios lo hacían correr, Doña María recogiendo las cosas [...] nos toca enfrentarnos a locos, nos toca enfrentarnos a personas que fuman droga, nos toca enfrentarnos a ladrones, o sea, trabajar en la calle es difícil, es aguantar, es soportar malos olores, malos tratos. Ah, el ladrón, vea el ladrón, ¡vea! (Risas, refiriéndose a un muchacho que acaba de llegar).

Aplicando la reflexividad citada en el primer capítulo como herramienta metodológica para ordenar y trasegar las realidades de los vendedores ambulantes entrevistados en esta cuadra, estas dificultades son inherentes al ejercicio de trabajar a la intemperie, sin las seguridades que se pueden lograr en un local, bajo el buen resguardo de un techo, unas paredes y documentación en regla. Sin embargo, hay otros factores que compensan este “ser difícil” del comercio callejero. Este tipo de apuesta, de desafío a las normativas estatales y públicas -que también surge como una propuesta popular de apropiación simbólica del espacio-, por la toma de las aceras de una calle que está diseñada exclusivamente para que los transeúntes puedan caminar, responde también a necesidades inaplazables de una población que, frente a la demanda creciente de

fuentes de empleo y a la imposibilidad de cubrir los costos de un local más articulado con el desarrollo de la ciudad, optan por este tipo de “rebusque” que los mantiene al filo, constantemente en riesgo a distintos niveles, en condición de vulnerabilidad, con cierta azarosa y permanente sensación de estar fuera de la legalidad, pero, a un tiempo, logra resolver panoramas económicos que, de otro modo, serían mucho más desoladores.

Yo estoy enamorado de mi trabajo

Así como narra Doña María del Mar y La Señora del Maquillaje ha tenido que vivir Don Aldemar Salazar, mi siguiente entrevistado, las inclemencias y peligros de su estar sobre la acera:

Jummmm! Duro, eso es duro. Esos ventarrones, esos soles, esos aguaceros que uno, ya toca empacar hasta que escampe, nueve de la noche, diez de la noche, uno llega a la casa mojado, se enferma uno a veces, esto es duro, esto no es de venir a sentarse aquí no más y vender no más.

Don Aldemar, un hombre delgado, de unos 50 años, desde hace 33 tiene su puesto ambulante ocupando toda una esquina de la cuadra. Es, por decirlo de algún modo, un puesto doble, pues ha logrado ir creciendo y mantenerse de una manera mucho más abundante y expandida que las dos anteriores vendedoras; así, se extiende descomunadamente sobre la acera y una porción de la calle adyacente donde está la zona de parqueo de vehículos.

Gracias a este puesto callejero, Don Aldemar ha conseguido abrir su local “Mi Estrellita” -ubicado al voltear la cuadra del puesto ambulante - junto a su esposa y a algunos de sus hijos han tenido que reubicarse en uno y otro lugar durante varios años por azares del espacio, de las decisiones gubernamentales y de los poderes locales. Pero aquí están desde hace unos años, laborando también en la calle, en este puesto ambulante donde lo entrevisto, y que Don Aldemar califica de *muy acreditado*, pues le resulta mucho mejor que tener un almacén. Dentro de esta lógica, el puesto ambulante ha logrado ofrecer a este hombre y a su familia, el sustento necesario para los gastos diarios, para “sacar adelante” a los hijos, y para poder pagar un local con todas las de la ley: *“He criado a mis hijos, todos mis hijos se han criado sobre este lugar, tengo mis cositas, tengo mi negocio, a este puestico le agradezco mucho”*.

A diferencia de las dos anteriores entrevistadas, que decidieron no continuar asumiendo los costos de un local estable y más bien lanzarse a la aventura de la informalidad laboral en una

porción de acera, Don Aldemar y su familia han logrado moverse entre estos estilos de comercio, el ambulante y el formal, y con los dos han ido resolviendo sus demandas económicas, y también han ido transformando sus formas de apropiación de los espacios desde la calle hacia adentro, hacia el local, para contar con esa seguridad, sin perder las ganancias directas, rápidas y más convenientes que le brinda el puesto ambulante, tal como afirma el mismo Don Aldemar: *este puesto se vende solo*.

Además, y también a diferencia de las dos anteriores que cada noche desocupan completamente su respectiva acera, Don Aldemar ha resuelto saltarse la precaución de recoger diariamente todo el aparataje del puesto ambulante, es decir, la estructura material sobre la que exhibe su mercancía, optando por guardar únicamente los productos y dejar el esqueleto armado sobre la acera, para evitarse la armada y la desarmada diaria, lo que llevaría a un gasto de energía bastante grande. Como todo en esta vida, una decisión como esta tiene sus ventajas evidentes en ahorro de trabajo y tiempo, pero también sus claras desventajas, pues se expone a someter a este aparataje a los riesgos nocturnos de la calle y encontrar al día siguiente solo estragos.

Como ya anoté sucintamente, el puesto callejero de Don Aldemar se encuentra ocupando una amplia esquina de la cuadra y está rebosando de mercancía por todas partes y con gran variedad de ropa deportiva, formal e informal: jeans, pantalones, leggins, pantalonetas, medias, camisas, camisetas, ropa interior para hombre y mujer, vestidos, blusas, y hasta zapatos y chanclas, se pueden ver colgados, armados en torres de prendas dobladas, exhibidos desde lo alto de las estructuras del puesto, o dentro de cajas y tulas que serán abiertas en el momento en que se necesite mostrar algún producto.

Pero estoy ya frente a mi tercer entrevistado, que se abre ante mis preguntas de una forma amable, pero con cierta reserva, una especie de estado entre el orgullo de sus logros, una alta sensación de pertenencia y de territorialidad, y la precaución frente a lo que yo pueda llegar a preguntarle. Don Aldemar me da respuestas cortas, tajantes, no se explaya demasiado en explicaciones ni detalles de más; tampoco sonrío mucho, a diferencia de las dos anteriores entrevistadas, que me contaban muchos detalles de su vida laboral y personal, y hacían algunas bromas con cierta frecuencia. Sin embargo, me pareció importante la manera como hablaba del amor que tenía por su trabajo y su deseo de mantenerse ahí, tranquilo, sin problemas, y que si esto sucedía así todo en su vida estaba bien, era perfecto: *yo estoy muy enamorado de mi trabajo*

y de lo que gano, no necesito nada más. Después de que me dejen trabajar aquí y a mis hijos y mi mujer, eso es todo y todo está bien.

Este amor por su trabajo y por su familia, esta constancia que lo ha mantenido en pie durante todos estos años laborando en este sector como decisión de vida, ha marcado también las formas como se relaciona con el espacio de la calle y de la cuadra, como ha logrado apropiarse y mantenerse en dos locales a la vez, y sostener relaciones con todos los actores sociales que esta decisión puede acarrear. La constancia y el deseo de trabajar enamorado de su labor también marcan su rutina diaria, que empieza muy temprano:

Yo soy muy madrugador, yo estoy aquí desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, en la semana también trabajan mis hijos, fines de semana trabajo yo... o el puesto lo dejo aquí ya organizado, y yo vengo en el carrito a dejar las tulitas, descargo y vuelvo a cargar por la tarde y voy de la mercancía en la bodega.

En todo el tiempo de la entrevista no se acercó nadie al puesto, pero frente a nosotros estaban dos personas, dos hombres que escuchaban nuestra conversación y se reían por momentos o comentaban entre ellos. Don Aldemar se notaba tranquilo y serio, ni siquiera los miró. Pero a mí esto me hizo sentir un poco incómoda, por lo que en ese momento introduje la pregunta de cómo se relacionaba con los demás vendedores de la cuadra. Cuando le pregunté qué tal era la relación con los demás comerciantes del sector, me respondió: *“Bien, somos compañeros, aunque hay personas que tienen envidia, por ejemplo, hay varios compañeros malos, buenos, pero después de que uno no se meta con nadie, uno viene es a trabajar no más”*.

De este modo va cerrando la tercera entrevista, que me fue dando ya una postura más amplia y completa, más nutrida y cargada de tonalidades múltiples, de lo que se teje en estos complejos espacios simbólicos de la cuadra que elegí para esta investigación acción-creación. Las reflexiones que me han ido surgiendo, han quedado registradas en este capítulo, entreveradas con las narrativas de los propios vendedores ambulantes y de las atmósferas que crean desde su diario vivir y su diario laborar, desde sus puntos de conflicto y sus formas de resolverlos, a partir de sus estrategias discursivas de relación entre ellos y con el espacio, con la acera y los dueños de locales, con los clientes y los habitantes de la calle, entre el buen humor, la camaradería, el chisme y las peleas, entre el humo de los vehículos y el metal de las estructuras, entre el sol golpeando duro o un aguacero torrencial que invita a otras estéticas y otros movimientos, entre espectáculos multidimensionales para los sentidos, para las lecturas desde los símbolos que se

van creando y transformando entre las personas como los vapores que flotan sobre algunos puestos, como las ondas sonoras y los silencios, como los diseños llenos de luces y sombras siempre mudables de la calle, como la vidas mismas que se despliegan sobre las aceras rodeadas por todas partes de otros puestos ambulantes más pequeños, y de motos y carros parqueados.

Voy saliendo de la cuadra, caminando de regreso a mi casa, cerrando el círculo de esta travesía, para iniciar nuevos ciclos. Haciendo el camino inverso, vuelvo a recorrer con los ojos y con las memorias frescas de sus palabras y de lo que van dejando en mí, los puestos de La Señora del Maquillaje, que ofrece belleza desde su esquina, a Doña María del Mar y Don Aldemar, vistiendo los cuerpos con tantas texturas y colores. Ahora los veo desde lejos mientras voy regresando a mí, sin saber a ciencia cierta si los encontraré de nuevo por los caminos que recorreremos. Vuelvo a sentir los olores de las comidas que siguen humeando en el ambiente, y digo “no, gracias”, a los mototaxistas que me ofrecen sus servicios. En la misma acera por donde voy, en ese ínfimo espacio por donde caminan los peatones y clientes, se abren las puertas de unas residencias del sector ubicadas en un segundo piso. En el primero, hay un almacén de telas. Al frente se han instalado un puesto ambulante de venta y arreglo de celulares, y un diminuto puesto de reparación de relojes, labor que cada vez más va perdiendo vigencia a causa de la creciente ola tecnológica. La calle está circundada de motorratones y de carros piratas tipo Uber que, sin embargo, no funcionan a través de ninguna plataforma digital, sino que ofrecen su servicio desde el voceo y el pito. Muchas personas visitan esta cuadra para comprar telas, ropa, artículos para el hogar, muebles, etc., por lo que un carro de transporte público suele necesitarse en cualquier momento, y estos carros particulares y, a la vez, públicos, hacen su agosto con esta clientela llena de bolsas de mercado que quieren llevar hasta sus casas.

La cuadra es realmente una estimulación constante de todos los sentidos: se escuchan varios tipos de música a la vez, voces de vendedores ambulantes y de personas que pasan se alzan a un tiempo, pitos de toda clase de vehículos ensordecen el ambiente, olores un poco rancios para mí, pero tan presentes y diferenciados, tan deseantes para los clientes que remolinean alrededor calmando sus apetitos, se manifiestan en columnas de humos y vapores que salen de los puestos y se mezclan con el humo que los vehículos disparan desde sus exhaustos o tubos de escape; pero hay más: los tactos y roces de piel entre la gente que transita por el sector son constantes y generan esa cercanía obligada de los espacios abarrotados que llevan a pasar muy cerca entre los peatones de las calles, dando material para reflexionar acerca de las formas

como las propuestas populares y las configuraciones del espacio público que realizan los vendedores ambulantes desde su hacer y su narrativa, resignifican y reinventan los espacios simbólicos de quienes transitan por estas aceras, haciendo surgir formas inéditas de relacionarse, de esquivarse o de resolver conflictos espaciales.

Por otra parte, la vista también se ve bombardeada por tal multitud de productos, luces de aparatos electrónicos y digitales, colores y formas materializadas en los artículos que se venden en los puestos ambulantes ubicados en la calle, etc., y hacen de este panorama realmente una experiencia sensible y sobrecogedora. Más arriba, el entramado apretujado de los cables eléctricos que salen de los postes, sólo parece una metáfora más de lo que se vive sobre las aceras de esta cuadra del barrio La Esmeralda.

Estoy cerca, vivo aquí no más, a unas cuantas cuadras de ésta que, a partir de las historias y narrativas de estas personas, cobra para mí una nueva dimensión. Desde ahí, desde esta sensación que me llena de palabras nuevas, de reflexiones acerca de sus formas de elaborar, de tejer los espacios comunes y públicos, de darles formas creativas, personales y únicas desde los discursos y los haceres, sé que lo que vienen son mis propias historias salidas de las suyas, en un entramado indivisible.

Capítulo 3

Creación Literaria: Cinco Cuentos Callejeros

En este capítulo están recopilados cinco cuentos de distintas tonalidades narrativas, creados desde la comprensión del mundo simbólico expresado por la cuadra investigada. Obedecen a un impulso de inventiva y escritura fluida venido del mismo centro de confluencia de tantas vivencias que llegan a mí desde la infancia y enriquecidas con la travesía como investigadora por esta cuadra del comercio callejero del barrio La Esmeralda.

Todos los personajes tienen su raíz esencial en las dinámicas sociales y culturales de la cuadra, en sus quehaceres y jornadas de labor como vendedores ambulantes en medio de un complejo sistema de significaciones del espacio compartido.

Cada uno de ellos, y todos en su conjunto, quedan plasmados y siguen configurándose en el universo particular del lector de estos cuentos, de manera que la construcción de significados nunca termine, sino que se manifiesta y se reactiva infinitamente desde la actualización constante a la que se encuentran sometidas todas las dinámicas sociales.

Cuentos Callejeros

Uno vive del Diario Vivir

Señor bendito, ¡gracias por este nuevo día de vida que nos das! Yo aquí, escuchando silbar los segundos en el reloj, bien sentada en el comedor de la cocina de mi casa y envuelta en mi ruana favorita, en el mismo lugar de siempre, en la silla frente a la estufa para vigilar el café, pensando mientras espero que Mechas regrese pronto del parque que está aquí nomás al frente, donde se fue a pasear al Tony. Aquí tomándome el tintico colao y echando buen humo todavía, sumo, resto, divido y multiplico para sacar en limpio las cuentas del negocio, poniéndole cuidao al rectángulo de la puerta abierta de la cocina por donde alcanzo a divisar un gran trozo de pasto y cemento del parque.

Pensándolo bien, mi Diosito, hoy ha resultado un día especial. No hice mis ejercicios de rutina porque Mechas vino a ayudarme con las cosas de la casa y más tarde comienza a trabajar en el

puesto, y pues como que me relajé un poquito. Pero mañana hago el doble y aprovecho ahorita está soledad tan sabrosa para aclararme unas cuentas que tengo pendientes. Ahora que lo pienso bien, casi nunca estoy sola: me acuesto y me levanto con el José, excepto algún día que lo manden a otro pueblo a surtir mercancía en el granero. De resto siempre ando con la Yuliana, y antes con la Angie, pero desde que se fue para los Estados Unidos pues toca todo por el celular, tan bonita que la vi en la última llamada que nos hicimos; Señor, ¡cuídamela por allá en esas lejanías! Y pues al Julián si lo veo mucho menos ahora que se hizo mayor y anda con novia y en sus envolates de artista. Si no estoy con la familia entonces ando comadreando con los compañeros del puesto o en el grupo de oración, o hasta con el Tony que no me deja ni a sol ni a sombra, pero nunca sola. Jeje, se siente una a gusto aquí tomando tinto y mirando nomás, pensando un poquito en sus cosas. Desde aquí puedo ver las carreras del Tony en la cancha correteando con la perrita de Doña Aydé, la modista del barrio. Pero bueno, ya, ¡pongámonos moscas! ¡Míreme las horas! ¡Tan suavcito que silba los segundos el reloj! Una alcanza a creer que eso del paso del tiempo es pura seda sobre la piel. ¡Pero qué va, Señor bendito! A ratos parece que es como una aplanadora que ruge, aunque la mayor parte del tiempo una está contenta, cómo decir, agradecida con las cosas que tiene: todo va bien, la familia es bendecida diariamente por el Señor con la salud, este techo, ¡la comida y la fuerza para seguir levantándose todas las mañanas a trabajar el puesto! Pero hay otros días, pocos, pero hay, en que, si no fuera porque yo soy una persona obediente ante las leyes de Dios, pues me regresaría a la cama a echarme otro sueñecito. Pero tú me das el valor, Señor, ¡pongo enteramente en tus manos este dolor bajito que a veces me molesta cuando menos pienso! Dame alientos para seguir trabajando todos los días, Sagrado Rostro, y no se te olvide una bendición de ñapa para la bebé, protégame a la niña de todo mal y peligro; Benditas Almas, ¡llénela de salud para que crezca bien entera y camelladora como su mamá y su abuela!

¡Esa muchachita Mechas se demoró! Ahí la veo pasar detrás del Tony.

- ¡Mechas, venga madre por su tinto! ¡Apúrele mamita que ya el desayuno está listo en el vianda. Esto de ser mujer es duro, ¡pero es bendición de Dios! Mire no más esta hermosura de nieta que me dio la Yuliana, todo el trajín con la barriga, corra para el hospital cuando se llegaba a manchar por andar cargando las tulas, y eso que le repetía que esperara que el José llegara a ayudar, que pa' eso Dios lo hizo hombre, pa' levantar el peso de las cosas que a nosotras nos cuesta más echarnos al espinazo, aunque hay que ver cómo carga la gorda de las chanclas de al

frente, ¡eso se pone tuladas al hombro como los que cargan al Santo Ecce Homo el primero de mayo! Ya nosotras tenemos que aguantar con esto de parir, criar y trabajar parejo, hombro a hombro con los maridos para sacar adelante la familia. Pero eso te lo dejo a ti, ¡Señor!

¡Vamos a ver cómo me va con esta muchacha nueva! Hace falta la Yuliana que salió buena ayudándome en el puesto porque tiene esa berraquera para aplaudir y gritar a los que pasan pa' que se acerquen, aunque sea a figonear la mercancía, tanto que los atrae con ese palmoreo y esos gritos que retumban en toda la cuadra. Pero ni modo, ahora tiene que quedarse con la bebé hasta que esté bien fuerte y la pueda llevar al puesto y ponerla sobre la pacera y sobre la ropa. Y cuando se duerma pues en su cochecito nuevo, que ya lo tenemos pagado y listo. Ay, ¡eso hasta divertido ha de ser! Ver crecer a mi nieta hermosa en medio de las sudaderas y los leggins, asustándose con los maniquís colgados sin cabeza de la esquina del puesto, correteando a lo largo de la cuadra entre los locales y los otros puestos ambulantes, comiendo de vez en cuando las cosas ricas que venden a todo lo largo de la cuadra, que no más con el olor a una le dan ganas de desayunar dos veces, aunque el José me explicó que desayunar sólo se podía una vez al día, porque desayunar era romper el ayuno, tan chistoso! Los de las arepas con queso calentitas, su pedacito de papaya madura y de vez en cuando su calentadito de fríjoles para que se le vaya curando el estomaguito; ¡ah! Pero nada de tinto porque eso no es para los chiquillos, ¡y con todos los compañeros vendedores echándole un ojito para que no se vaya a cruzar la calle! El viejo Saúl Tralalá, el gringo del puesto de dulces que siempre nos da una manito, o Don Eliécer, el dueño del local de aquí mismito que es bueno como el pan y está bendecido por el Señor y nos deja guardar las cosas del puesto algunos días, o Doña Mireya que siempre está presta pa' el chismecito, pero también para ayudar al prójimo. Aunque hay gente de mala fe, como en todos lados, ¡y no falta el loco! Será mejor andar con cuidadito. Nooo, y cómo será con la niña cuando se larguen esos aguaceros que la cogen a una mal parada y nos ponen a todos en la calle a correr como el Diablo para recoger la mercancía, a extender plásticos que afean el puesto pero que nos evitan parte de la mojada. Ya veremos, ¡jummm! Y además está el ruido que revienta todos los días en la cuadra. Una ya se acostumbra, qué más se hace, pero para la bebé conciliar su sueñito seguro va a ser duro con tanta bulla, que si el pito, que si la bachata a todo taco del local de Don Eliécer o el perifoneo de los de la lotería de Doña Esperanza, o los motorratones que a veces arman unas peloterías, o hasta aquí una misma en su rebusque conversando alto. ¿Será que la bebé sí puede dormir así? En mis tiempos decían los viejos que los niños tienen que

acostumbrarse a todo ambiente, que así se crían duritos y derechitos. Pero ahora con tanta cosa nueva que se escucha, que se traumatizan, que hay que respetarles su espacio y sus ritmos... ¡Ya no sabe una qué pensar! Habrá que buscar un Jardín del Bienestar para ponerla algunos días mientras se va adaptando.

¡Oiga! ¿Y si llegan los de Espacio Público a ordenar desalojo!? Menos mal nosotros ya con veinticinco años en este puestico no nos sacan tan fácil, y con una bebé yo creo que se logra que nos dejen más tranquilos. Ya veremos hoy cómo nos va con la Mechas, que tal vez no lo haga como miya, pero sus bríos tendrá, si se le ve en los ojos que no es mosquita muerta! Menos mal que Mechas es tempranera y vino antes de lo acordado a ayudarme a pasear al Tony y también que han estado buenas las ventas para poder pagarle. ¡Si es que uno realmente vive es del diario vivir! Pero ¡jummm! Imagínese si me fío del salario mínimo del José, que yo me hago lo mismo en una semana de lo que le pagan a él por todo el mes ¡Pobres hombres! El José reza conmigo como regañao, y el muy muy, con todo lo sabedor de cosas que es, se gana apenas ese sueldito de nada y ahora que al Julián le dio por volverse músico ¡Imagínese! Dejar el trabajo en la Policía que dizque porque se traumatizó viendo tanto muerto en combate durante las tomas guerrilleras y paramilitares, ¡y prefirió dedicarse a cantar vallenato! Jaja, bueno, hasta risa me da!

¡Ay! Pero mire la hora, que este reloj hoy amaneció trajinoso. Qué será que la Mechas se demoró, apenas hoy tuve un tiempito para poder sentarme y degustar este cafecito, pero no, no puedo bajar la guardia, además que nos toca llegar a arreglar el puesto y ya vamos retrasadas...mientras veo de reajo la puerta abierta de la cocina, esperando ver la máscara de esa muchachita, pasa un vecino con su radio prendida y medio escucho que ocurrió una explosión en la zona donde trabajo o algo parecido y de inmediato me levanto de la silla para ir a prender mi radio y saber más sobre lo que está sucediendo...

- *“...sin embargo, las últimas noticias apuntan a que instalaron un artefacto explosivo frente a las instalaciones de uno de los locales más reconocidos de la cuadra F de la popular zona comercial del barrio. Por ahora no se reportan víctimas civiles pero los daños materiales en la calle son de consideración. Por el momento, el sector está acordonado y no se permite el ingreso de personal particular.*

¡Pero si es en mi cuadra del puesto! ¡Qué susto!, Ay Dios! ¿Y el puestico? ¿Entonces será qué podremos ir a trabajar hoy? Casi sin pensarlo empecé a dar gritos a la Mechas para que le

moviera, me alisté de un prestico y salimos como una flecha; desesperada no me imaginaba lo que pasaría conmigo y mi familia si cuando llegara estuviera todo destruido por la explosión. Además, pensando en cuando la bebé esté más grandecita llevarla conmigo pa´ trabajar allá con ella y ya dizque planeando mis cosas y ¡vea! ¿Sería un pálpito? ¡Bendito Señor! ¿por qué permites estas maldades?

Hágale Tony, adentro, cuide bien, ¿oyó?

¿Así Nos Queremos Ahora?

Sobre el ruido de la avenida cargado del trajín de un nuevo día, por la calle del comercio palpitante en el corazón de la ciudad M, se escucha una voz de mujer que ha juntado descontento desde esta mañanita. Acaba de parquearse, entre la esquina de la cuadra y su puesto ambulante un carro rojo cubierto del polvo de muchos soles y caminos, del que desciende un hombre ofreciendo abalorios y cacharros para regalar en estas fechas de septiembre.

Con la mano izquierda en jarra sobre sus furiosas caderas de hembra frentera, la muchacha lo mira, bien cuadrada en ángulo de noventa grados con la sombra del señor delgado pero fibroso, de rostro moreno y rasgos taciturnos sobre una piel definida por algunas arrugas primerizas, que se van hundiendo cada vez más profundo a cada frase vituperante de la mujer que lo interpela. A su lado, desde dentro del baúl abierto del carro color rojo polvo donde va acomodada la mercancía especial de Amor y Amistad, un niño de unos ocho años observa la esquina con grandes ojos entre asustados y divertidos, un poco cansados de ver escenas como éstas cada tanto durante los días que acompaña a su padrastro a trabajar. Se escucha, por encima del ruido circundante, a la muchacha y su alegato:

-Es que así no se puede, vecino, no pueden venir en cualesquier momento y acomodarsen donde se les antoje, ves? Mágínesse, nosotras llevamos aquí desde que entró pandemia, y nos toca respetarles el puesto a los más viejos de acá, a Doña Lucila la de los cidís, y al hombre del pollo y del chicharrón, a Doña Fernanda que ya es la matrona de las chanclas aquí. Póngale que todos vamos pasando por encima del que se nos atravesase ¿Adónde vamos a parar, pues? ¡Bonita celebración de Amor y Amistad! ¿Así nos queremos ahora? Ustedes se vienen con ese carro lleno de cacharros y se pasean por todas las esquinas de la cuadra a juntar clientela, y no tienen que preocuparsen por los de Espacio Público porque apenas los miran venir arrancan pa´ otro lado y ¡listo! ¿No ven que nos están corriendo la gente porque nosotros estamos sembrados en el

puesto y no nos podemos poner a diambular detrás de los clientes? Ustedes se hacen en un ratico lo que nosotras nos hacemos en dos días de trabajo duro, aguantando aquí agua y sol, póngale.

¡No hay derecho!

Con parsimonia de alma vieja, el hombre del carro color rojo polvo se limpia el calor de la frente con un trapo que hace juego con la calle: parchado de distintas tonalidades del gris, con los bordes desgastados por el tiempo y el pasar de sucesivos soles y sudores, de lluvias y rabias contenidas. En silencio la mira y sonrío, un poco socarronamente, mientras junta argumentos en su cabeza y saliva en sus labios secos para responderle:

-Mire madre, ¡yo no vengo aquí a quitarle los clientes a nadie! Yo vengo con accesorios de plata y oro golfi, y usted vende pinturas para la cara y esas cosas. Hasta fíjese que trabajando juntos realzamos la belleza natural de la mujer, puede decirse. No veo en qué punto pueda yo aquí con mi muchacho afectarles el negocio a ustedes. La calle es de todos y a mí nadie me ha negao andar en el carro ofreciendo mi mercancía. Estamos trabajando honradamente, buscando el pan, tengo dos hijos que mantener y mi mujer está cargada con otro. ¡Así que usted dirá si llamamos a la Policía o a los de Espacio Público y lo charlamos bien bonito!

El hombre se gira y empieza a amarrar poco a poco una cuerda en la capota abierta del baúl. Va colgando sobre ella lo que el niño le alcanza en silencio: cadenas doradas y plateadas, pequeños pendientes suspendidos que brillan con el lustre de las cosas falsas, pulseras y otras baratijas que empiezan a decorar la esquina de la calle con nuevas luces y a hacerse un lugar entre la basura acumulada un poco más allá, los olores de la fritanga del frente, y el último hit de Shakira que, quiérase o no, pone a cualquiera a bailar.

El niño dentro del baúl del carro siente un poco de escalofríos al comprobar que su padrastro siempre usa los mismos argumentos cuando tiene que defender su trabajo frente a los que quieren sacarlos de la calle, casi con las mismas palabras, con idénticos gestos. Su padrastro es extraño con ambos, con él y con su hermana. Los trata con una mezcla de brutalidad e ironía inteligente. Con su madre, sin embargo, se comporta mucho mejor que su verdadero papá, por lo que el niño siente hacia él una deuda de gratitud que paga obedeciendo ciegamente sus órdenes. Ahora está feliz porque tendrá otro hermano, pues significa que podrá compartir el cariño con un hijo de este hombre del carro rojo polvo que odia y admira, y de su madre a la que ama con todo su corazón de niño.

Entre tanto, a medida que va creciendo el ruido alrededor de la calle, la muchacha del maquillaje conversa con una mujer mayor que ella y que, con toda certeza, debe ser la madre. Agita las manos y se percibe notablemente indignada. A pesar de que el hombre no ha sido violento sino casi todo lo contrario, y a pesar de la capa de polvos en tonos un poco más oscuros que su piel original para suavizar contornos, y del uso dramáticamente del rubor y el labial, del toque negro y aleante de pestañas que logran el efecto de mariposas posándose en una flor delicada, la rabia que carga en cada poro no consigue desvanecerse. Habla con la madre con aire confidencial, pero asegurándose de que todos la escuchan claramente:

- ¡Es que de verdad no hay derecho, madre! Tanto trabajo de nosotras aquí organizando a todos los vendedores ambulantes para tener control sobre este lugar y poder trabajar. Esto aquí es como locales, pero sin pagar gracias a que nos hemos organizado bien-bien y todos hemos metido el hombro - dice cada vez en tonos más altos. Hasta que no aguanta y se gira de nuevo hacia el hombre del carro rojo polvo:

- ¿Usted sabe cómo estaba esto antes de que nosotras llegáramos? Mire, la basura llegaba hasta ahí nomás -señala el borde de la acera contigua mientras lo mira fijamente midiendo su reacción- y nosotras la echamos toda para allá -dice, indicando el lado opuesto de la avenida-. Ahora, los de Espacio Público dijeron que la condición para trabajar aquí era que hubiera orden. Tenemos que respetar los acuerdos, así como no podemos tapar el camino de las personas que pasan, tampoco nos podemos tirar entre nosotros los trabajadores de la calle. Nosotras la hemos guerreado y nos hemos adaptado a hacernos donde hemos podido, respetando a los que llevan aquí más tiempo. Esto aquí ya es un grupo que estamos constituidos y planillados. Entonces hay que respetar, hermano. Cuando usted se cuadra con su carro está pasando por encima de todos acá. Yo tengo el número de los de la alcaldía. Llamemos a ver qué pasa...

El brillo de la esquina aumenta de vigor cuando el hombre deja de bloquear con su sombra la mercancía que se bambolea en la cuerda y le permite estrellarse directamente contra los rayos del sol. Lanza un “ojo, pelao” al niño que, de inmediato, se pone alerta echándose al hombro el mismo trapo gris. El hombre empieza a caminar hacia el puesto de la mujer. Va despacio, paseando la mirada por el tablón donde se expone su mercancía llena de canastas de plástico de distintos tamaños donde se almacenan labiales, pestañinas, cajas de sombras y rubores, cepillos, cepillitos, pinceles, brochas, difuminadores y de más artículos de belleza facial; el calor aumenta bajo la carpa, mientras los espejos de varios tamaños colgados de las esquinas

del puesto escanean y multiplican los gestos flemáticos del hombre acercándose a la muchacha, que ya está en posición de defensa sosteniendo una mirada de sombra café chocolate con verde esmeralda sobre los párpados, en las dosis exactas para dar un efecto suave pero fulminante.

El niño lo ve acercarse hacia las mujeres y siente furia ciega: es la misma cadencia al caminar que usa al acercarse a su madre cuando ella está furiosa por alguna llegada tarde o algún otro desdén que el padrastro resuelve con mañas de hombre sabido. El niño no entiende todavía qué cosa hace él cuando se arrima de ese modo, pero sabe que es una persona que alardea de a mucho, pero a la final no hace nada, así que, se tranquiliza y ve que su madre se pone menos tensa luego y hasta empieza a canturrear un poco haciendo los oficios de la casa.

Ahora puede ver que la muchacha y su padrastro hablan, primero con frases cortantes y después de forma más fluida, como si empezaran a querer mirarse más de cerquita y tirar al piso las paredes de palabras que los separan. La madre de la muchacha se hace al lado de la hija, y entonces ese triángulo se disuelve dentro del corazón del niño como si lo deshiciera un soplo de aire fresco: ya sabe que no coqueteará con ninguna de las dos, sabe que su madre está, por ahora, a salvo de ese dolor. Entonces algo ocurre: la muchacha ríe bruscamente y se echa para atrás.

-Yo no necesito que usted me venga abrir los ojos, ¿usted es que no ha entendido? Yo aquí no soy la que manda ni la autoridad, sólo hablo en nombre de todos, hermano. Se entiende que todos tenemos derecho a trabajar, pero en este caso ¿qué hacemos? Nosotras llegamos primero y esto es todos los días madrugar, aquí hay veces que no se vende, aquí tenemos que soportar sol, agua, se nos mancha la cara, te cansás...esto no es fácil, hemos armado esto los constantes, los que venimos todos los días a dar la lucha. No, ese pedazo es duro, y usted simplemente viene y se parquea aquí sin mayor esfuerzo. Lo mejor va a ser que arranque para otro lado para no armar más pelotera y dejarnos trabajar tranquilos...

- ¿Abrir los ojos? ¿De qué habla esa señora? - se atreve a preguntar el niño cuando el padrastro regresa con un rostro que también reconoce: el de la ira contenida. Todos en la casa lo han tenido que padecer. En esos casos, la madre y los niños saben que es mejor dejarlo irse a tomar unas cervezas para que se tranquilice. Pero ahora, en mitad de la mañana ya medio echada a perder con esta muchacha que espanta los clientes, no atina a adivinar qué hará el padrastro, y al niño se le ocurre que podrían darse una vuelta en el carro y encender los altavoces que promocionan la mercancía mientras la cosa se calma. Pero aún no se avienta a hablarle. Al lado, donde el calor de las furias encontradas y haciendo fusión empiezan a acumularse bajo el

microclima de los plásticos extendidos a modo de techo en el puesto del maquillaje, la muchacha de caderas furiosas habla por teléfono mientras la madre atiende una cliente, y mira de reojo y alternadamente al hombre del carro inoportuno y a su propia hija.

La incertidumbre se posa a lo largo y ancho de la calle como un gran pájaro de alas negras e inmensas. Su sombra alcanza a oscurecer, como un maquillaje lúgubre y dramático diseñado para una fiesta nocturna, los rostros de la mujer y de la madre, del padrastro y del niño: la misma incertidumbre que despierta con ellos cada mañana y se acuesta con ellos cada noche. La incertidumbre del presente que se escribe letra a letra cada día, la falta de terreno seguro que representa la calle, ese lugar donde todos caben, pero cada vez más estrechos, más apretados, hundiéndose los codos en las costillas ajenas, sacándose los ojos con miradas de rivalidad, soportando la locura del rebusque hora tras hora, la violencia de los desencuentros.

El Veredicto De Las Estrellas

Se llegó el día de la celebración, todo estaba muy bien arreglado, con una decoración impecable y muy agradable para la vista y el gusto de los invitados. Reinaldo y su familia querían que todo estuviera en orden, ya que 25 años de casados siendo sus bodas “de plata” no se celebran todos los días. Ese día en especial, en la perspectiva de Reinaldo, todo a su alrededor le generaba inquietud y un poco de ansiedad; sus manos estaban gélidas, no dejaba de secarse el sudor de la frente, se acomodaba el cabello de izquierda a derecha, se miraba en el espejo del salón de eventos para ver si su traje era el adecuado, sus acciones de agitación lo delataban, como a un criminal al que estuvieran a punto de descubrir. Y todo porque una de las invitadas era Mónica; no encontraba cómo comportarse sabiendo que en frente de él estaba su familia, lo que más valoraba en su vida; además, parecía que su querida Martha ya estaba sospechando algo de su nerviosismo, solo que no entendía el por qué. Como cualquier mujer, ha debido haber puesto en acción su sexto sentido.

Este hombre acorralado entre dos amores sentía tal fragmentación dentro de sí, como si le dieran a elegir entre la libertad de su puesto ambulante o la seguridad de su almacén. - “¿Por qué- se preguntaba angustiado Reinaldo en sus escasos minutos de honesta desesperación -tenía que escoger a una de sus dos mujeres? ¿Por qué no podía conservarlas a ambas, como había hecho tantos años con sus dos puntos de venta de mercancía?”- Seguía argumentándose mientras se veía repetido en el espejo de fondo. ¿La perspectiva ambulante o la oficial? Cómo elegir la

vida que quería si lo quería todo, si todo lo ayudaba a respirar, si tenía dos pulmones, dos manos y dos piernas, dos frentes de labor, dos mujeres a las que necesitaba para caminar, para continuar.

Reinaldo y su familia llevaban meses preparando esta fiesta de plácemes por todos estos años de persistente trabajo y de vida compartida, un largo periodo de constantes esfuerzos y recompensas. A estas alturas, ya podían parar un poco y mirar atrás: tienen un local oficial y un puesto ambulante. Toda su familia se ha establecido y crecido alrededor de los dos locales. La constancia ha hecho ya su parte y su puesto está ahora bien acreditado. Siendo ellos muy reconocidos por todos en la zona, fueron y siguen siendo parte esencial del paisaje de la calle. Esa sensación de manada unida es algo que aprecia más que cualquier otra cosa en el mundo. Y así mismo, puede llegar a hacer cualquier cosa para asegurar el bienestar de todos, el de su esposa, Martha Lucía, y el de sus hijos Fernando, el mayor, Rubén, el segundo y Tati, su pequeña consentida, de apenas nueve años.

En el local, que lograron luego de más de veinte años de trabajo en el comercio ambulante y que Martha Lucía dirige, pagan alquiler, impuestos de renta y servicios públicos, además de un par de empleados de planta, pero les brinda las seguridades de un sitio cubierto, resguardado de los trajines del clima y de la calle. Sobre todo, a ella, que siempre luchó a brazo partido por obtener los justos beneficios de un almacén como Dios manda: estabilidad, seguridad y certidumbre. Como mamá que se respeta, siempre vivió preocupada por tener que traer a los niños a trabajar y estar en mitad de la calle con ellos. Muchas veces se enfermaron por aguantar tanto viento encontrado, tanto frío, tanto aguacero, o tremendos golpes de calor.

Reinaldo, en cambio, se ha dedicado a administrar prácticamente solo el puesto ambulante, que arma y desarma todos los días, exceptuando los domingos, cerca de la esquina de la calle adyacente al local; le tiene el cariño y el apego que se siente por aquellas cosas de la vida que han representado un desafío, una aventura, casi una odisea cotidiana, y que hacen que la sangre se mantenga encendida y en rojo ardiente. Igual que las nuevas emociones que Mónica despierta en él. Esas incertidumbres, imprevisiones y desasosiegos de lo informal, de lo azaroso, expuesto a miles de abrumadoras condiciones incontrolables, contrario a parecerle indeseables, le producen la excitación de sentirse vivo y en pie de lucha, desafiado por los avatares constantes de lo que no puede ser registrado en un libro contable. Quizá sea por eso también que su romance con Mónica es como una llama viva que lo enciende adentro y lo incita a continuar de

ojos abiertos al mundo, luchando también por su familia, por mantener lo que han logrado sin perder las ventajas de sus recientes correrías amorosas.

Gracias a este puesto ambulante, no sólo se fortaleció su bolsillo sino que toda su historia familiar está vinculada con este trozo de cuadra, con esta estera de chaclas de guadua y este techo de plástico con armazón de metal bajo el que colgaron en cierto orden sus días durante tantos años de madrugar, de cargar en lo que se pudiera las tulas con la mercancía, de lidiar con la intemperie y los peligros de los andenes, de guardar sus corotos en los locales que les quisieran hacer el favor para proteger las cosas del puesto que podían ser robadas durante la noche, solo con la certeza de la urgencia, de la necesidad de sobrevivir y de cobijarse en la confianza de que todo iría bien si permanecían juntos. Ahora, además, era el lugar donde ocurría para Reinaldo el avivamiento de un amor.

- “Lo de Mónica no es realmente nada importante”-, se mintió Reinaldo, respirando profundo al lado de la barra de licores de la fiesta; pensaba que, así como logró juntar dos frentes de trabajo para robustecer la economía familiar y dejar un legado valioso para ellos a punta de enormes esfuerzos durante muchos años, tenía el derecho a vivir una excitante aventura amorosa después de tanto tiempo de fiel rutina marital. A su esposa, la legal, la tiene asegurada con toda clase de sellos sacramentales, bendiciones y juramentos de lealtad y apoyo mutuo para toda la vida. Su Martha Lucía, además de ser la madre ideal con quien trajo al mundo a sus tres hijos, ha sido el complemento perfecto de su vida personal y de sus negocios.

Reinaldo y Martha se conocieron desde muchachos en el barrio donde vivían, en la parte occidente de la ciudad. Ahí, entre verbenas populares y cervecitas en la tienda, fue mostrando Martha quien era realmente: la hija mayor del tendero más viejo del barrio, la más experimentada en meollos económicos, y quien inició a Reinaldo en las inversiones de capital, porcentajes de ganancia, surtidos de mercancía y amores leales: una compañera en todo el sentido de la palabra: madura, inteligente, rápida, metódica y con un olfato tan sutil y práctico para los asuntos prosaicos del mundo.

Al principio, cuando apenas empezaron a trabajar en la cuadra con el puesto ambulante, no tenían ninguna certeza. Ni siquiera el lugar donde se ubicaron los primeros días duró mucho tiempo, pues tuvieron que reubicarse constantemente, aunque siempre en la misma cuadra. Pidieron un préstamo inicial a Don Patricio, el papá de Martha, para arrancar con su negocio un par de meses después de casados. Luego de un año pagando cumplidamente las cuotas y el

interés, siguieron volando por su cuenta, aunque en repetidas ocasiones han tenido que echar mano del banco o del suegro para salir de algunos apuros. Además, desde la alcaldía cambiaban frecuentemente las políticas del espacio público y en tiempos de votaciones, peor, así que siempre estuvieron expuestos a la zozobra de ser desalojados en cualquier momento, pero la solidez de Reinaldo y Martha Lucía como pareja fue clave importante para empezar a abastecerse, a armar la estructura del toldo, a errar y a volver a intentar muchas maneras de extender la carpa, de exponer la mercancía, de tratar a los clientes y de resolver cómo espantar a los mendigos.

De todos estos años guerreando juntos, aprendieron a establecer horarios y rutinas de trabajo que, muy lenta e imperceptiblemente, se fueron convirtiendo en el ritmo de fondo que marcaba el compás del resto de su vida de pareja y de padres, los tiempos del ocio y de la ternura del amor, cada vez más infrecuentes y aparatosos a medida que iban pasando los años e iban menguando las mutuas apetencias.

Y así, en medio de todo este caos que se ha ido ordenando poco a poco durante la jornada diaria en el toldo ambulante, fueron asomando esos ojos negros y esas manos ligeras, delgadas, que se movían como ascuas encendidas en una noche muy oscura, doblando y desdoblando, colgando y volviendo a colgar, contando billetes y regresando las “vueltas”, sonriendo a los clientes con una serena picardía que impactó a Reinaldo de inmediato. Mónica llegó buscando empleo con sus casi treinta años bien puestos sobre ese cuerpo dulce y ardiente que Reinaldo pudo descubrir luego de muchos días de trabajar juntos. Al principio, Reinaldo no había querido contratar a nadie. Trabajó solo o con el apoyo de Rubén o de Fernando en algunas ocasiones, pero empezó a considerar la idea de buscar a alguien que le ayudara. Y en esas llegó Mónica a su vida.

Reinaldo no andaba detrás de romances extramatrimoniales; particularmente, había sido siempre un hombre poco lascivo, más tendiente al apaciguamiento que a los ardores del cuerpo, de esa clase de espíritus que vuelcan toda su energía vital en actividades con fines lucrativos o expansivos dentro de los marcos de la moral aceptada socialmente, aunque siempre guardaba, como una semilla, secretos deseos de viajes y locas aventuras. Pero con Mónica todo fue como un huracán repentino que puso a volar por los aires el almacén de su existencia conocida. Cuando ella se acercó a preguntar por la vacante, gracias al voz a voz que tan bien funciona en la cuadra del comercio, Reinaldo vio esos hondos párpados y esa claridad de la piel y supo, como

se saben ciertas cosas terribles, que esos ojos eran el centro del huracán que acababa de desatarse en su interior. Todo fue tan humoral, tan de testosterona hablando por cada uno de sus poros, que se sintió completamente conmocionado, como en mitad de un aguacero torrencial, sin piso y sin techo, flotando en la única sensación de ese nuevo placer de verla casi todos los días: el de solo mirarla moverse alrededor del puesto y hacer lo que hacía, el de rozarla levemente cuando trabajaban juntos en los días en que la calle se hacía más estrecha con el pulular de compradores y vendedores durante las vísperas de alguna fiesta importante. Y luego, muy luego de devaneos de parte de Reinaldo que ya no podía más de ganas y de esquivas por parte de Mónica que, pícaro y sensual, también sabía cuidarse de las malas lenguas. Ocurrió que sólo pudieron terminar amándose como las nubes negras que se van juntando, solo pueden terminar en lluvia. Y la lluvia, al final, en nuevos vientos que airean el corazón.

Reinaldo presagiaba que este amor estaba escrito en su destino y que toda su vida antes de Mónica había sido una pura formalidad para recibirla y poder ofrecerle lo que le ofrecía cada vez que ella permitía sus encuentros. En cierta ocasión, cuando él se miraba al espejo y veía una arruga nueva o algún kilito de más a razón de algún exceso alimenticio, buscaba en Martha respuestas que, a ella, desacostumbrada a esa repentina vanidad de su esposo, la llevaron a preguntarle si no andaría con alguna muchachita por ahí. Reinaldo la besó tiernamente en la frente y la consoló risueño: - “Yo ya tengo todo lo que necesito para ser feliz. Desde que podamos seguir juntos y nos dejen trabajar tranquilos como vamos, ¡qué más puedo pedir, mujer!”-.

En este punto de la fiesta Reinaldo sentado en la alta silla de la barra, continuaba preguntándose cómo carajos iba a hacer para seguirse mintiendo, para seguir repitiéndose como una oscura letanía que lo de Mónica no era realmente nada importante, cuando en verdad le parecía que no había nada antes o después de ella: -“¿Cómo continuar ocultando su secreto frente a Martha, a la que quería y admiraba como a una buena amiga, casi una hermana?”- Era inevitable aceptar que ya no la amaba, si es que alguna vez la amó realmente: luego de conocer a Mónica, el amor se volvió una palabra enorme y aromática en su boca; sin embargo, sabía que Martha representaba el eje de su vida entera y de toda la familia, el fiel de la balanza, sin la cual todo se venía abajo en un suspiro. La razón más poderosa para vivir ahora no era la felicidad del trabajo sino la del amor y sus incertidumbres, semejantes a las de la intemperie, a las de la libertad.

Quién sabe qué iría a desencadenarse esta noche de fiesta tan espacial en sus vidas. El licor bailaba en su sangre como diablitos diminutos que lo llevaban en dirección al cuerpo de Mónica, vestida con un traje negro sutil y elegante pero tan provocador. Y entonces Reinaldo veía el decorado, la torta con el “Felices primeros 25 años de casados”, y la mirada de su Martha se dulcificaba en su pecho henchido de emociones contrapuestas y nuevas para él. Reinaldo se propuso respirar más despacio, comer algo para que el alcohol no le fuera a jugar una mala pasada, y poco a poco se dedicó a mirar la situación y a observar sus propias hirvientes emociones. Era la única estrategia que podría ayudarlo en estos momentos. Si pudiera hacer lo que realmente deseaba, lo más seguro era que rompiera a llorar de amor y agradecimiento al mismo tiempo con la vida por darle tanto, pero también por encontrarse, de repente, en medio de semejante encrucijada.

Mientras seguía tomando unos tragos, observó entonces cómo Mónica se acercaba a Martha Lucía, se sentaba a su lado e iniciaba una charla informal entre sonrisas y admiraciones mutuas acerca de sus vestidos y sus maquillajes. Reinaldo sólo atinó a refugiarse en la intemperie del antejardín del salón de fiestas. Respiró tan hondo como pudo y, por primera vez en toda la noche, tuvo un instante de lucidez: decidió que no iba a decidir nada, que serían ellas las que desentramarían la densa maraña de esta historia, que ellas también estaban en su derecho de tomar partido, de entrar en el embriagador juego del amor con las cartas marcadas o bien puestas sobre la mesa. Así que, sintiendo el frío de la noche y el fragor de la música en sus venas, se dedicó a contar las estrellas pidiéndoles guía y claridad, mientras esperaba, lo más sereno que su alma podía, el veredicto.

El Viaje Al Sur

Henry llevaba una buena vida, su rutina siempre estaba organizada y planeada de antemano, estaba muy acostumbrado a su meticulosa soledad. Era dueño de un almacén de alimentos y otros artículos importados de países tropicales del África y Suramérica llamado “Emerald. Exotic Store”, al que acudía público que quería pasear un poco y adquirir directamente productos exóticos como frutas, verduras, especias y artesanías de lejanas tierras del sur. En su trabajo, que atendía con la ayuda de un chico joven, Allan, estudiante de veterinaria en una de las universidades de la ciudad, contratado hace un par de años y encargado sobre todo de atender y despachar los telepedidos, había encontrado una forma productiva de

ganar dinero y de satisfacer su propia curiosidad por las vidas de pueblos de otras regiones más cálidas del mundo.

Laboraba en una calle vigilada por sensores. Era una cuadra elegante, ordenada, bien iluminada y sin obstáculos visibles, diseñada así para que los consumidores pudieran salir de compras y adquirir productos y servicios mientras disfrutaban de una experiencia de consumo sosegada y cómoda. A su vez, Henry sólo debía contribuir a las instituciones que velaban por el buen funcionamiento de todo el sistema comercial pagando el alquiler, los impuestos, la póliza del seguro de vida y de pensión, la vigilancia del sector, además de cooperar reportando cualquier anomalía ante las respectivas entidades para que pudiera ser debidamente resuelta.

En la parte de la ciudad donde vivía Henry todo era sistematizado y controlado, así que todos debían funcionar conforme a lo estipulado por las normas. Las personas transitaban por estas calles ejerciendo un simple acto físico de desplazamiento: todo resultaba muy opaco y gris; normalmente nadie alzaba su cabeza ni siquiera para ver el cielo, no tenían contacto físico ni visual; tenían la confianza de caminar de esta manera porque todo estaba muy adecuado a ello: de seguro no habría huecos o asaltantes que los interrumpieran o los retrasaran para llegar a su destino, como una especie de escenario plano y preconcebido para poder acceder a otro que también estaba definido de antemano. Así funcionaba su ruta hacia el local todos los días desde hacía doce años: solo iba y venía hasta llegar a su trabajo, y repetía siempre la misma rutina. Así había llegado también a la comprensión de que “ruta” y “rutina” vienen de la misma raíz.

Una mañana cualquiera, Henry se desplomó con fuerza sobre su *poof* favorito mientras esperaba la hora de su salida hacia el trabajo, echó una ojeada rápida a lo que lo rodeaba. Todo continuaba tan igual, pero había un cambio sutil en el ambiente, algo esencial que alcanzaba a percibir que todavía era indefinible; respiró profundo y se dispuso a prepararse un desayuno *fast* para irse a tomar el conocido rumbo hacia lo que sería una jornada más en la normalidad de su vida.

Ese día, sin embargo, un gran tramo de las calles que hacían parte de su tránsito estaba siendo modernizado, pues iban a colocar un tipo de separador para que cada persona tuviera un espacio por donde transitar, evitando así los roces innecesarios y los trancones. Ahora debía tomar una ruta que nunca había usado y que lo llevaba a otro lado de la ciudad que no estaba acostumbrado a ver para poder conectarse con la vía principal que lo llevaría a la tienda. Tenía entonces que aplicar un desvío significativo en su recorrido de siempre; se presentaba ante

Henry, en ese instante, una primera alteración en la rutina. Lo pensó varias veces: o iba ese día a trabajar o pasaba por el lugar que tan extraño era para él. Se quedó un momento pensando en lo que debía hacer, su cabeza le dio vueltas al asunto durante un rato, pero finalmente decidió, soltando un suspiro, que no perdería ese día de trabajo solo por no tomar un camino desconocido que seguramente podría recorrer igual que los demás transeúntes. Así que avanzó con el corazón y la respiración registrando en cada célula ese asalto repentino en su cotidianidad.

Al comienzo, la travesía no presentó demasiadas diferencias con su ruta habitual, excepto por un aumento paulatino de los sonidos y por la intensidad de ciertos colores en las fachadas de las casas y almacenes. Pero a medida que iba adentrándose a la zona más ruidosa y turbulenta, todo era tan enrevesado que resultaba abstracto y desposeído. El suelo estaba hecho con placas irregulares de cemento viejo, roído por los años, y sobre éste se levantaba todo un mundo de materias apiñadas hasta tocar un cielo pintado de un azul infantil: podía ver, casi palpitando, multitud de almacenes cuyas paredes se distorsionaban por hallarse apretadas unas contra otras, como pasajeros de un transporte público con sobrecupo. Sobre los andenes se apiñaban especies de armazones de madera y plásticos donde colgaba mercancía de toda clase -desde ropa hasta mangueras de jardín, pasando por juguetes para niños y bebidas calientes-, alguna tendida sobre una complicadísima red de cuerdas de tensión, focos de donde se disparaban al aire olores de comida cociéndose, vehículos en movimiento, amplificadores de sonidos estridentes, y gritos de hombres y mujeres con las caras derretidas por el sudor, unas pálidas, otras rojas, otras oscuras por la vida en la intemperie y por el cansancio de vender a gritos.

Henry tomó una larga bocanada de aire en sus pulmones para sobreponerse a lo que estaba azotando todo el orden predeterminado de sus sentidos. Iba caminando como si estas nuevas calles no tuvieran fin, levantaba su mirada a cada instante y la volvía a bajar para saber por dónde debía caminar, se tropezaba con cada persona que pasaba -sentía sus aromas difusamente, su tacto cercano-, no lograba descifrar por qué lado debía ir, hasta que empezó a correr casi sin pensarlo para pasar a otra calle que estaba un poco menos llena de transeúntes, pero en cuestión de segundos se estrelló contra una carreta que llevaba un hombre lleno de mercado y costales. El accidente fue tan repentino que no guardó una memoria exacta de él. Sólo logró recordar que un instante después de la conmoción inicial, una mujer de cara oscura con un pañuelo rojo anudado en la cabeza se acercó a él, se puso a su nivel mientras permanecía tendido tratando de recuperar el aliento y, mientras le tocaba el brazo y le ofrecía su mirada atenta y

serena, le iba preguntando cómo se sentía y si creía que se podía levantar. Henry, aturdido, alcanzó a escuchar el abejorreo de voces alrededor, entre sorprendidas y curiosas, entre asfixiantes y cooperativas. Un chico de unos quince años empezó a pedir que abrieran espacio para dar más aire al accidentado, que permanecía aún tendido sin poder reponerse del todo. Para Henry todo esto era demasiado para ser un día más: se hallaba de repente en mitad de muchos alientos, olores, roces, dolores nuevos que le hicieron sentir que su cuerpo y sus sentidos habían estado dormidos hasta entonces.

De repente empezó a recordar cómo eran tratados estos “accidentes” en la zona de la ciudad donde transcurría su vida. Llegó a su memoria una tarde de hace unos ocho años en que salía de un bar de tomar un aperitivo y al otro lado de la calle una anciana se había desvanecido al pie de una araucaria. Inmediatamente el sistema de vigilancia registró el hecho y en cuestión de segundos una sirena de ambulancia llegó y de ahí descendieron dos auxiliares de traje gris que escoltaron al médico designado al cuadrante, individuo que examinó maquinalmente a la anciana mientras era subida a una camilla impecable. Las puertas traseras de la ambulancia se tragaron a las cuatro figuras, y ninguno de los ocasionales transeúntes preguntó nada ni se acercó a inspeccionar. Tampoco cruzaron miradas o comentarios acerca del asunto. Henry, sin embargo, no aguantó el deseo de mirar alrededor y en buscar algún indicio visual de que aquella anciana no vivía sola, de que tal vez, quizás, alguien podía venir a buscarla, salir de algún apartamento con el gesto de estar en busca de algo perdido. Después de unos instantes, desistió de su curiosidad y siguió su camino. Así eran las cosas en este lugar. Así debían seguir siendo: profesionales, diplomáticas, eficientes.

Mientras recordaba esta escena pasada, ya sentado, pero aún en el mismo suelo irregular, sintió que algo se acercó a su cara y dio un respingo: el hombre de la carreta le ofrecía una mano, una mano donde estaba puesta toda la buena voluntad además de mucha tierra, para ayudarle de una vez por todas a incorporarse. De repente pensó en esta palabra tan ingenua: “incorporarse”. Y tuvo claridad -ahí aún tendido en el suelo y con los ojos entrecerrados para procesar lentamente toda la avalancha de información- que eso era lo que le estaba sucediendo: se estaba reincorporando, estaba cayendo en sí mismo. De algún extraño modo, algo en su interior quería seguir viviéndolo, deseaba sentir todo tan vivo y cercano que hasta el roce de la piel lo hacía erizar. Toda su vida había sido gélida y solitaria, desapasionada y he aquí que un hombre con su

mano sucia se ofrece a ayudarlo a levantarse. Entró en el torbellino de seres y cosas encendidas de colores y olores: un carnaval festivo que rompió todo el hielo de su invierno.

Henry logró ponerse en pie con ayuda del carretero y se sacudió maquinalmente los restos de tierra de su antes impecable traje. La mujer del pañuelo le alargó un vaso de agua que, a su vez, le había alcanzado el joven que pidió aire y espacio para Henry; en el agua de dudosa procedencia flotaba un diminuto insecto, imperceptible para el que no tuviera activa la micromirada-; Henry dio las gracias mirándolos a todos, respiró bien profundo, y mientras sorbía lentamente el líquido del vaso, estando ahí parado, sin movimiento alguno vio la calle: Lo que antes le pareció un desorden insoportable para sus sentidos ahora pudo percibirlo bajo una nueva luz como formas mágicas de apropiarse de los espacios abiertos. Ahí donde era imposible imaginarse en sus calles cotidianas un tendido de cuerdas, los habitantes de esta zona de la ciudad habían improvisado además una tolda para cubrirse del sol y de la lluvia de ciertas tardes. Niños y adultos se movían por las calles en una especie de “deambular” que más parecía un baile de carnaval que un recorrido obligado para cumplir un itinerario conocido. El camino no era un canal ciego para llegar a otro lugar, era el disfrute y el dolor mismo de estar en pie, de estar vivo y con todos los sentidos presentes para resolver los recorridos que se tejían como telarañas entre miradas que se cruzaban y se saludaban, entre contactos que acaloraban o despertaban alguna emoción asociada. La configuración espacial de ese territorio nuevo para Henry le hacía inevitable aprender a sortear obstáculos de toda clase, a medir los baches y a saltar charcos o a hacerle la finta a los puestos ambulantes donde parecía haber la gama de todos los colores del mundo y donde una carga de mercancías abarrotadas se mezclaban según un orden, pero que hacía de todo aquel espectáculo un circo ambulante que despertaba en Henry imaginaciones olvidadas, asociaciones inusuales, juegos de sentido diversos y sugerentes.

Henry giró en círculo y sonrió de nuevo como dando las gracias para los que aún permanecían rodeando su figura silenciosa que lo miraba todo con cierto aire entre aterrado y divertido. Entregó el vaso vacío a la mujer y siguió su camino. Él, ahora estaba seguro de que esa experiencia era solo un anuncio de una vida distinta a la que había conocido hasta la mañana de ese día, y que su visión del sur de la ciudad, al igual que la elección aparentemente fortuita de su trabajo, sólo le había confirmado su más íntimo anhelo: la cercanía de las pieles, la agitación y el bullicio de multitud de personas interactuando, la pasión desbordada en las calles, el riesgo, el peligro, la aventura que ofrecía el viaje al Sur y un viaje al fondo de su propio deseo.

Tralalá Tralalá

- “Tralalalalá! Siiiiiii, se vino la época buena! Jejeje, aquí vamos Mechitas... ¿A qué horas llegará la patrona que dijo que hoy sí me traía el disfraz de Santaclós?” -pregunta el viejo Saúl, el suizo colombiano vendedor del pequeño local de latón color azul cielo donde despacha periódicos y dulces, a Mercedes, la ayudante de Doña María en el puesto ambulante de ropa variada.

“-Ya no más llega, gringo, usted vaya alistándose allá en su puesto y no lo deje tanto solo porque hoy es día de locos, ¿oyó? ¿No ve cómo se va llenando esto y apenas son las ocho y piola? Guepa!! ¡Que ya mañana es Navidá y hay que vender en cantidad!”-responde “La Mechas”, en ese tono que siempre le suena a Saúl un poco a regaño.

El viejo Saúl se aleja con una sonrisa de tres dientes de menos, y su sonsonete tralalaleño de siempre va hoy acompañado de un leve bailoteo que puede ser la sangre tiñéndose de puro espíritu navideño. Don Reinaldo, el dueño del local de ropa, acaba de llegar en su Subaru verde junto a su esposa Martha Lucía y a sus dos hijos para atender su almacén. Se necesita a toda la familia unida para despachar la avalancha de compradores que siempre dejan todo para el último día. En el puesto ambulante, que también es de la familia y que funciona ahí cerca, Mónica, la trabajadora estrella, con gorro rojo y blanco, ya está empezando a armar la jornada, disponiendo a lado y lado del puesto los maniqués que va decorando con el preciosismo de una niña.

Hoy es día de acelere y subida estrepitosa de las ventas, de multiplicación febril del volumen de consumidores y de vendedores de todas las calañas, de ruidos, de olores, de colorida fiesta decembrina. Desde horas tempranas hay ya en el ambiente una calentura que no es solo de la humedad que los rayos del sol hacen subir desde el asfalto siempre desigual de la calle hacia el cielo que este día resulta de un azul despampanante. Algunas nubes se deshacen y otras se forman por la fuerza del calor creciente y de los vientos que ascienden en columnas invisibles, pero que pueden notarse en la dirección de las masas nubosas y en la neblina.

En la cuadra, es el día de la fiebre color oro, verde y rojo, de las luces de colores que encienden los arbolitos, las fachadas de las casas, y hasta los corazones de todos se van decorando con brillos alegres. Este es el día de la fiebre del compra y vende, del “mericrismas”, del Niño Dios, de las cenas en familia y los regalos, de los excesos permitidos y ganados, donde hay un alambre general que se va juntando con cada segundo, el agite propio de estas fechas robustecen los bolsillos, pero también tienen algo de recompensa, de celebración que va más allá

de lo que significa el 24 de diciembre en el discurso religioso y en la agenda cultural de la ciudad y del país entero. Hay, por supuesto, algo reivindicativo, algo de venganza dulce que se cobra en traguitos, platos navideños, regalos y derroche por todo un año laborado con tesón y que, en estas fiestas, unidas a las de Año Nuevo, rematan el término de un ciclo largamente esperado y trabajado.

Ya se van sintiendo los preparativos. Doña Mireya, la de las chanclas, ya tiene armada su tolda al pie de la esquina, porque, como bien dice ella, “¿qué sería de la vida si no se pudiera andar en un buen par de chanclas?”; el perifoneo de la lotería de Doña Esperanza va ajustando sonidos por lo bajito, anunciando “La Gran Rifa Navideña del veinticuatro para que la Nochebuena lo despierte millonario”, y luego se va soltando a proclamar los premios para el segundo, el tercer y el cuarto ganador. Poco a poco, los porfiados creyentes de la religión de las loterías y del azar se van arrimando a husmear las señales de su buena suerte.

- “Suchi, suchi, suchi, venga por su-chicharrón”-grita la gorda Esneda, aplaudiendo con sus anchas manos rojas que luego se dedican a empuñar las pinzas de manipular esos trozos humeantes de piel de cerdo que llenan la atmósfera con su olor salado mezclándose con el del plátano maduro que acompaña ese plato que tan bien se vende. Luego de su grito para atraer la clientela, los otros vendedores empiezan a encender también la cuadra con un coro de risas y comentarios. Los motorrones se cruzan por un tinto o por una porción de “suchi”, mientras otros se fuman el primer o segundo pucho del día vigilando en todas direcciones para pescar algún cliente madrugador que necesite transporte, siempre con el casco puesto en un brazo como una pulsera muy aparatosa.

Del local de Don Eliécer, el de los cds, empieza a sonar el repertorio de los villancicos que, quiéranlo o no, les trae a todos a la memoria el olor del aserrín de los pesebres de la infancia, los amigos con los que se cantaba el antóntiruriruru, el lento desfile de los Reyes Magos.

Martha y Rosalía, madre e hija, las mujeres del maquillaje, van llegando con retraso y con las caras un tanto agotadas. De todas maneras, saben que venderán bastante porque es día de celebración, y las mujeres se trepan en sus tacones y se ponen todos los “untos” posibles para verse más bellas que nunca. Las retardó el trabajo de recibir la nueva mercancía que venía de Bogotá y que les espantó el sueño gran parte de la noche anterior. Ya llegadas, empiezan las labores de organización de su puesto al lado de la esquina sur.

Algunos vendedores se comparten las escobas y hacen lo necesario para que la cuadra luzca hoy sus mejores galas. En cada poste han puesto grandes moños con cintas rojas y verdes. Doña María, la de la ropa del puesto ambulante, ha venido con el José, su esposo, a traer un par de tulas más, una llena de leggins y blusas de última moda, y otra con chaquetas para cubrir las urgencias de los clientes en estos días de lluvias, frío y fiesta navideña. Luego de dejar todo listo y a La Mechas en frente de la labor, se pasa donde el viejo Saúl a entregarle el disfraz de “Santaclos”, como dice el suizo, que le viene prometiéndolo desde julio. De paso se arrastra a Rosalía para que la ayude a maquillarlo y a dejarlo listo para que sea el Papá Noel de la cuadra y pueda repartir los dulces que les tiene ya preparados a los niños que se acercan como regalo de Navidad.

Rosalía, siempre sarcástica, se le ríe al viejo Saúl diciéndole que confunde la Nochebuena con el Halloween. El viejo se ríe con sus dientes de caballo y balbucea una explicación que ellas entienden plenamente: así se acostumbra en las lejanas tierras del norte, de donde llegó hace años su padre suizo a enamorar a su madre caucana.

- “Póngase el disfraz, compadre Saúl, yo creo que sí le queda flojito, como debe ser. Es bien grandote, ¿ah? Tenemos el gorro y todo; pero, ¿sabe qué? Nos hace falta una buena barba. ¿Qué hacemos Rosa?”- se preocupa Doña María.

- “Jejeje! Aquí adentro del puesto me lo pongo, jeje, sí, sí, yo creo que me queda bueno...esperen, esperen”- dice el viejo Saúl con su sempiterna sonrisa mientras se encierra en su localito de latón color azul cielo para evitar las miradas de los transeúntes.

- “Doña María, ¿y si le pintamos la barba? ¿Por qué a estas horas donde nos levantamos una? Sencillo, yo tengo lápiz blanco y le hacemos reflejos con gris. ¡Mejor dicho, espéreme y traigo!”-suelta Rosalía mientras trota hacia su puesto, alebrestando a algunos hombres con el vaivén de sus amplias caderas.

Doña María hojea un periódico mientras espera al viejo y a Rosalía, su vecina de puesto, con quien ha hecho buenas migas durante todos estos años de conocerse y trabajar en la cuadra.

- “Amistades como éstas son las que Diosito me manda para aguantar los sinsabores de la mujer del local de variedades que parece que me odia. Pero todo te lo dejo a ti, Señor”-remata su reflexión al tiempo que ve salir a su compadre Saúl transformado en Papá Noel, tal como se lo imaginó: la ancha nariz del viejo, roja a más no poder por el reflejo encendido del traje, es parte

esencial del parecido, y la inflamación de su panza viene como anillo al dedo entre los pliegues del ropaje. Le faltan las altas botas para completar el perfecto disfraz, pero con sus tenis negros queda bastante bien.

- “Tralalalalá, ¿qué tal, ¿eh?? Jejeje, sí, sí”-canturrea de contento el viejo Saúl, girando despacio frente a los ojos de Doña María y de los que van pasando, algunos más lentamente para verlo en su transformación navideña. Una niña con larga cola de caballo y con botas negras se queda con la boca abierta observando el espectáculo de ese Papá Noel idéntico al de los dibujos de la novena de aguinaldos.

- “Présteme las botas, mi niña, que mire, vea, no tengo, jejeje”- le dice el viejo Saúl, agachándose hacia la cara de sorpresa de la niña, que mueve la cabeza de un lado a otro y sale corriendo a esconderse detrás de su mamá.

Rosalía llega por fin con dos lápices en una mano y una cajita en la otra.

- “Venga gringo, siénteseme aquí que lo pongo como un rey. Téngame esto, Doña María”-se apura a decir Rosalía señalando un tocón de un viejo árbol de mango y extendiéndole los lápices a su comadre, pero ésta le contesta con la frente arrugada: - “Me voy pa’l puesto, mija, que hay que atender clientela. Yo veré no, ¡Saulito, que quede bien Santaclós! Le mando a La Mechas en un ratito para que le eche una mano aquí”-.

- “¡Vaya pues! ¡Venga mi viejo que esto es haciéndole! - sentencia Rosalía, la chica del maquillaje.

Cuando el viejo Saúl se sienta en medio del ruido del fieltro rojo del disfraz, un sonoro trueno estalla en el cielo, del lado sur occidental de la ciudad. Es tan atronador que voltean a mirar.

- “Epa, viejo! ¿Con qué desayunoó que se pegó ese truenazo?”- se burla Rosalía, siempre lista para la picardía.

Saúl, sin sonreír por primera vez ese día, arruga los ojos y mira fijamente, escudriñando señales entre las nubes.

- “Se viene un aguacero, Mona, mire nomás esas nubes negras. Y el sol es de esos de invierno, que alumbra con luz blanca y pesada, uyuyuii”-dictamina Saúl. Pero vuelve a sonreír mientras se toca las mejillas para alistar la piel a recibir su dosis de base blanca de maquillaje.

Con ayuda de La Mechas, Rosalía deja al viejo Saúl hecho todo un Rey de la Navidad. Ha logrado hacer el efecto de una barba perfecta que parece flotar fuera de su cara.

El viejo Saúl olvida todo y se pasea en su papel de Santaclós, como dice él, sonriendo y repartiendo tralaleos y dulces a diestra y siniestra. Lo quieren tanto, toleran tanto de su personalidad olvidadiza y poco eficiente, de sus balbuceos e incoherencias. Agradecen en el fondo la bendición de este viejo que parece un niño alegre y bonachón, preguntándose a veces cómo habrá sido su lejana infancia más allá de las historias que cuenta, y cómo será su vejez de hombre solitario. Pero hoy es día de festejo y ajetreo, así que le celebran el desfile de Papá Noel y lo despachan para atender mejor a los clientes que cada vez van llegando en mayor cantidad, todos afanados con sus compras a destiempo.

La cuadra empieza a llenarse de tantos vapores mezclados que se hace difícil respirar: los gritos, las conversaciones, las canciones, las exhalaciones y efluvios de tantos focos de calor, prisa, comida, humedad, sudor, sonrisas, masticaciones, hace que parezca un microcosmos en sí misma. Las personas hormiguean, llegan a un puesto, preguntan, tocan, siguen de largo, regresan, hablan, comen, se entregan al frenesí de las compras navideñas. Los vendedores se expanden en todas direcciones, a un lado y al otro, giran en torno a los puestos ambulantes buscando más de lo que el cliente quiere, sonrían mientras responden preguntas y toman medidas, con ojos ávidos y calculadores, de quién comprará, qué cosa según sus características externas.

Ahí, bajo las toldas plásticas de los puestos ambulantes, el calor se multiplica hasta hacerse insoportable. Es tan fuerte que empieza a pesar sobre las cabezas de todos sin discriminación y algunos ya se han ido a tomar una limonada de mango o se han refugiado en los locales comerciales para refrescarse un poco. Tal como dijo el viejo Saúl, un gran aguacero se desgrana de repente sobre la cuadra. Como si todos hubieran caído repentinamente enfermos o fulminados por un rayo, empiezan a gritar y a correr en todas las direcciones. Los transeúntes se refugian bajo los techos seguros y dejan solos a los vendedores ambulantes, que corren de un lado a otro dando instrucciones a gritos mientras extienden plásticos enormes para proteger las mercancías. Dan saltos, agitan sus manos que parecen multiplicarse aquí y allá abrigando sus puestos. Algunos se ponen a la carrera sus capas de invierno, otros se arriman al vecino más privilegiado a escamparse un poco mientras tanto. Todos ríen un poco con las frentes arrugadas, esperando que pase el chaparrón.

El viejo Saúl, que se ha alejado bastante de su puesto esquinero por andar ofreciendo su alegría de niño como una mercancía más, corre muy veloz para alcanzar a llegar y poner a salvo

los periódicos y cerrarlo todo antes de que la lluvia “ventiada” se le meta al puesto. Cuando llega, la niña de las botas negras se está escampano junto a su mamá al lado de su localito azul cielo. Madre e hija compraron lo que necesitaban en la cuadra y les agarró el aguacero en la esquina de Saúl cuando iban a coger la buseta de regreso a la casa. La niña observa lentamente a ese Papá Noel que de repente va sin barba y está todo empapado, sin sonrisa ni jojojó ni tralalá. Se acerca, toca su mano y le dice: - “Está bien, te presto mis botas. Pero tú me das el regalo que te pedí en mi carta de Navidad”-.

Referencias

- Benedetti, Mario (1968). Tres géneros narrativos. En “*Sobre artes y oficios: ensayo*”, Montevideo, Editorial Alfa.
- Brandão, Ludmila (2015). Modos de expor no comércio popular. Do barroco ao mestiço. [Formas de exponer en el comercio popular. Del barroco al mestizo]. *Arquitextos*, São Paulo, Año 15, n. 179.05, Vitruvius, mayo 2015.
<<https://vitruvius.com.br/revistas/read/arquitextos/15.179/5532>>.
- Bruner, Jerome. (2003) *La Fábrica de Historias. Derecho, Literatura, Vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, Ernst. (1967) *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. 1967. Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, Ernst (2005). *Las Ciencias de la Cultura*. Fondo de Cultura Económica, México, Edición conmemorativa 70 Aniversario.
- Cros, Edmond (2003). *El Sujeto Cultural: Sociocrítica y Psicoanálisis*. Fondo Editorial. Segunda edición.
- Durand, Gilbert (1968). *La Imaginación Simbólica*. Amorrurtu editores.
- Gutiérrez Aleyda (2008). Creación en narrativa, otra cara de la investigación literaria. *Visitas al Patio. No. 1*. Universidad Central de Bogotá
- Gutiérrez, Aleyda y Rodríguez, Adriana (2019). La creación como investigación: aportes para la reflexión desde la experiencia en la Universidad Central, *Revista La Palabra. No. 34*, Tunja, enero - junio de 2019.
- Guber, Rosana. (2001). *La Etnografía. Método, Campo y Reflexibilidad*. Grupo Editorial Norma
- Ortiz, Anna (2004). *Género, espacio público y construcción del sentido de pertenencia a Barcelona (los barrios de Prosperitat, el Verdum y el Raval)*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.